

ESPAÑA Y AMÉRICA

PERIÓDICO ILUSTRADO

BELLAS ARTES — CIENCIAS — LITERATURA — SPORT — MODAS

Año I

DIRECCIÓN:
Plaza del Biombo, núm. 2.
Teléfono 514.

Madrid, 28 de Agosto de 1892

ADMINISTRACIÓN:
Plaza del Biombo, núm. 2.
Apartado 210.

Núm. 35

Este periódico se publica todas las semanas, y se regala á los suscriptores de obras, en grupos de á cuatro, de la Casa editorial de la Viuda de Rodríguez.
Por números sueltos se vende en todas las librerías y Administración del mismo al precio de 50 céntimos de peseta.



EL SUEÑO DE DIANA

SUMARIO

TEXTO: *Crónica*, por J. G. M.—*Diana*, por Paul de Saint-Victor.—*Cómo discurren los niños*, por Anselmo Guerra.—*El ciego*, por Hugues de Roux.—*La sensibilidad en el reino animal y en el reino vegetal*, por Claudio Bernard.—*A un tuerto*, por Manuel Millás.—*Rantanplán*, por Juan Richepín.—*Cante jondo*, por M. Pérez de la Manga.—*Centenario de Colón*, por Malatesta.—*A Fidelity*, por Juan Clemente Zenea.—*Cristóbal Colón*, por Alfonso de Lamartine.—*Dos años después*, por Julián Romea.—*La vida en el Japón* (conclusión), por M. Constant.—*Nuestras ilustraciones*.—*Advertencias*.—*Anuncios*.

FOTOGRAFADOS: El sueño de Diana.—Medalla conmemorativa del cuarto Centenario del descubrimiento de América.—Bajo relieve de D. José Benlliure.—Monumento conmemorativo del descubrimiento de América.

CRÓNICA

DONGA Dios tienta á mi pluma y libre al lector de ser malicioso, que tales tiempos corremos, que hasta la tinta con que escribo, con ser negra como la pez, ha de parecer á muchos de un color verde subido.

Quien haya recorrido algún Museo arqueológico, y examinado atentamente los objetos pertenecientes á la Edad Media, habrá reparado sin duda en un grosero artefacto de hierro y cuero á modo de cinturón, y del cual se servían los señores feudales para asegurar de hecho la fidelidad conyugal jurada por sus consortes al pie de los altares.

Cuando el señor de horca y cuchillo partía para la guerra, ceñía á su mujer aquel extraño aparato, cerrado por una llave que él se echaba en el bolsillo, y se marchaba tranquilo, tal vez porque en aquellos tiempos no había llaves falsas ni ganzúas para forzar cerraduras y candados.

Esta bárbara y degradante costumbre se ha reproducido en España al cabo de los años mil, y no ha sido un caballero feudal ni un hombre ignorante y rudo quien la ha reproducido, sino, al parecer, una persona culta é ilustrada que ejerce la profesión de médico.... aunque parezca mentira, pues lo que ella ha hecho no se le habría ocurrido á ningún cliente de veterinario.

Pero narremos el suceso:

«Hallándose practicando, la semana anterior, el Juzgado de guardia diligencias propias de su cargo en el Hospital Provincial, recibió un aviso telefónico de la Casa de Socorro del distrito de Buenavista.

Los médicos manifestaron al Juez que se trataba de un caso raro, sin poder precisar la gravedad del mismo.

Tratábase de una joven que, momentos antes, se había presentado en la citada Casa de Socorro reclamando auxilio para que la desembarazaran de un pequeño aparato que tenía colocado en la parte media del cuerpo, entre las regiones inguinales, y que le impedía la libertad de los movimientos, y le causaba un continuado martirio.

El caso era efectivamente extraño, y los facultativos no se atrevieron á practicar operación alguna sin que ésta fuera autorizada por el Juzgado de guardia.

A presencia del Juez, la joven contó que, hallándose al servicio de un médico en un pueblo de la provincia de León, fué solicitada por su amo y entabló con él relaciones amorosas.

El doctor, desde hace seis meses, consiguió ganar la voluntad de la referida joven. Hallábase entonces casado y se mostraba excesivamente celoso con su amante.

Tuvo necesidad de ausentarse del pueblo para asuntos de su profesión, y no podía dejar á su amante expuesta á las seducciones mundanas.

Diabólica fué la invención del doctor para evitar los peligros que pudieran sobrevenir á su adorado tormento.

Tranquilo después de realizar su idea, emprendió el viaje sin temor á ser burlado.

Seis meses han transcurrido desde que el doctor dió solución á su problema, respecto del cual los Tribunales de justicia dirán la responsabilidad que á aquel facultativo alcanza.

El martirio de la desdichada joven se había hecho insostenible, y determinó enterar de lo que le ocurría á una amiga suya.

Esta le recomendó que se presentara en la Casa de Socorro del distrito, como así lo hizo.

Por la dificultad de entrar en pormenores, consignaremos sólo que el Juzgado ha recogido

un candado de abrazadera sumamente fina y de pequeño tamaño, comprado en Benavente (Zamora), y que ha ordenado telegráficamente la detención del médico, que en la actualidad se encuentra desempeñando un partido en la provincia de Salamanca.

Durante los seis meses de martirio que ha sufrido la referida joven, parece que han sido varias las veces que ésta y el doctor se han avisado en Madrid y en el pueblo en donde aquél reside en la actualidad.

Esta causa pasará después de las primeras diligencias al Juzgado de instrucción de la capital en que tuvo origen el hecho.»

Supongo que las sesiones de este tragi-cómico proceso se verificarán con hoja de parra.

* *

Otro suceso del mismo color ha ocurrido en Málaga.

Parece ser que en la cárcel de aquella población hay un capellán excesivamente cariñoso con las niñas de menor edad.

El padre cura no puede ver una pequeña sin enternecerse.

Días pasados, la madre de una muchacha de ocho años se presentó al Juzgado á denunciar que, á consecuencia de ciertas libertades que el señor capellán se permitió con su hija, la había hecho á ésta mal de ojo.

El liberal autor de tal desaguizado ingresó en la cárcel, aunque no en concepto de capellán, y el obispo le ha retirado las licencias.

A los pocos días se presentó en el juzgado otra madre á delatar otro hecho semejante; pero.....

¡Jesús, padre mío,
como huele usted á tabaco!

que diría Villergas.

Ello es que, á consecuencia de las afectuosas caricias del padre capellán, la primera de las referidas niñas se halla gravemente enferma.

No es extraño; porque ya es sabido que hay cariños que matan.

* *

El cólera ha vuelto á recrudecerse en Francia, y nuestro Gobierno ha tomado severas medidas para evitar en lo posible que la epidemia venga á España.

El Sr. Ministro de la Gobernación merece mil plácemes por su actividad y conducta en todo cuanto á la salud pública se refiere.

¡Ojalá que el Sr. Alcalde de Madrid hiciera otro tanto, dedicando su atención á la limpieza de las calles y saneamiento de algunos barrios, en los cuales hay casas de vecindad donde parece increíble que puedan vivir seres humanos!

* *

Varios artistas de Barcelona han ideado un proyecto de espectáculo que no deja de tener originalidad.

Se trata de que alguna de las noches en que se verifiquen los festejos del Centenario aparezca en la cumbre de las montañas vecinas, tal vez en la del Tibidabo, la sombra de Cristóbal Colón.

La idea, como se ve, es original y por demás atrevida. Pero los que la han concebido dicen que con los elementos de que hoy dispone la física, y con los adelantos que ha alcanzado la electricidad, el proyecto es perfectamente realizable.

Si el espectáculo resulta una plancha, verán ustedes cómo por culpa de esos apreciables artistas va á decir la gente que Cristóbal Colón tuvo mala sombra.

* *

Son muy satisfactorias las noticias recibidas acerca de la hermosa y privilegiada tierra de Colombia, y las cuales voy á transmitir á mis lectores.

El día 7 del presente mes se verificó en Bogotá la toma de posesión del nuevo Presidente de la República, haciéndose cargo de este alto puesto, en su calidad de Vicepresidente, el Excelentísimo Sr. D. Miguel Antonio Caro, por haberse excusado el Presidente electo Excmo. Señor D. Rafael Núñez.

No es la primera vez que este ilustre hombre de Estado americano da tan significativa prueba de desinterés y desprendimiento: ya en el anterior periodo presidencial declinó el poder supremo, dejando que lo asumieran á su turno

varios Vicepresidentes; pero reservándose, por fortuna para el país, la dirección moral de su partido, como ya tuvimos ocasión de decirlo con motivo de la reseña biográfica de ambos personajes que apareció en los números 20 y 22 de este periódico.

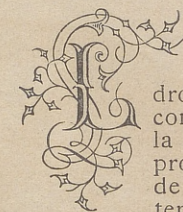
Siendo notorias las vivas simpatías que el Sr. Caro profesa á España, es indudable que durante el nuevo periodo de mando que se inicia en Colombia, las relaciones de esta República con la madre patria (como aun se complacen en llamarla allí) adquirirán el mayor grado de aproximación y vario desarrollo en beneficio de uno y otro país.

El concurso de Colombia á la Exposición histórico-americana será uno de los más brillantes que ofrezcan las Repúblicas del Nuevo Mundo.

Entre las muy valiosas colecciones que aquel Gobierno ha remitido con uno de los respectivos delegados, el Dr. D. Isaac Arias, figura una serie de objetos de oro procedente de la tribu de indios Quimbayas, cuyos adelantos en ciertas artes llamarán seriamente la atención de los sabios americanistas.

J. G. M.

DIANA



La Mitología hizo á Diana hija de Latona; pero el seno que la engendró es más vasto que el de ésta, y su concepción más divina. Diana nació de la corriente de los manantiales, de la profundidad de los bosques frondosos, de los rumores del viento y de los misterios de la soledad. Todo elemento

casto de la naturaleza, toda pureza de cuerpo y de alma se personificaron en la gran virgen dórica.

Diana en su origen es la luna, hermana del dios solar, de Febo, única en el cielo, como él; su doble celibato expresa su soledad etérea. Así como Apolo, semejante á una estatua que surge de las llamas de su molde, se desprende pronto del sol, así Diana descende también pronto del astro nocturno. Su carácter lunar palidece por grados; y aunque conserva siempre su reflejo, predomina en ella la cazadora, la heroína sin protector y sin dueño, que vive, libre de todo yugo, en el fondo de los grandes bosques. Bajo este aspecto la adoraba Grecia y la evoca la imaginación; y los poetas la cantan, y el cincel de los escultores la traza en el mármol, puro y frío como ella. Alta y esbelta, su cabeza sale por encima de todas las de las Ninfas que forman su séquito errante. Su figura sólo difiere de la de Apolo en que está algo dulcificada, pero ninguna suavidad hace flojear su hermosura altiva. Parece que su boca entreabierta aspire el soplo de los bosques, palpitan sus narices como olfateando una presa, sus ojos fijos lanzan miradas rápidas y rectas como flechas; sus piernas, largas y delgadas, son más de un Efebo (1) que de una mujer; su seno, recogido por el ejercicio de los juegos heroicos, presenta el verdor de la pubertad. La idea de la carrera nos asalta al contemplar sus piernas, como se comprende el vuelo al ver las alas de los pájaros. Botina cretense calzan sus pies ágiles. La corta vestidura del Oriente aprieta con sus pliegues su talle largo, y prendida por broches se arremanga en las rodillas; con gracia y presteza con frecuencia pliega su manto á guisa de cintura alrededor de sus flancos. Cualquiera soplo de viento bastará para deshacer su cabello, levantado en ondas sobre la frente ó atado sencillamente debajo de la nuca. Siempre en movimiento anda volviendo atrás la cabeza como si oyera el toque del clarín, sacando una flecha del carcaj, que lleva sobre las espaldas, ó domando una cierva que da saltos para que la acaricien sus manos; las estatuas de Diana nos presentan la imagen de la actividad eterna.

Al sonido de los cuernos de caza y á los ladridos de la jauría recorre los bosques y las montañas, acompañada por el coro de sus Ninfas, feroces y vírgenes como ella. Cazadoras salvajes franquean los precipicios y pasan los ríos á nado, dejando sólo á las águilas las huellas de sus pasos, é hiriendo con sus flechas á los jabalíes y á los osos. Duérmense las agrestes guerreras al medio día á la sombra de las encinas gigantes; á la hora en que las leonas van á beber, al crepúsculo, ellas lavan en los manantiales sus frías manos sangrientas y sus brazos cubiertos de polvo. Ley austera gobierna al gineceo vagamundo; las compañeras de Diana hacen voto perpetuo de castidad. Los bosques sagrados son sus claustros, las montañas sus monasterios, y la diosa es, digámoslo así, la abadesa de las selvas.

Su secreta presencia llenaba los bosques de muchos prestigios. Santificaba todos sus sitios y divinizaba todos sus ruidos. La brisa que agitaba las hojas era acaso su divino aliento. Quizás el lago se estremecía largo rato por acabar de recibir su cuerpo virginal. Su cara maravillosa encantaba la selva y se mezclaba con todos sus rumores.

(1) Efebo; así se llamaban los adolescentes en Grecia. (N. del T.)

Los leñadores y los pastores creían oír silbar sus flechas en el ruido del viento, y veían relucir sus espaldas en las claridades que blanqueaban la umbría. Causaba religioso espanto al joven cazador laconio, que penetraba en los espesos bosques del Taygeto, imaginar que al volver un sendero iba á encontrar, avanzando hacia él, á la diosa apoyada sobre su marco de plata, creyendo acaso dar con ella, al salir desnuda del baño, y sorprenderla vistiéndose con púdico gesto.

Si las ramas que él agita, tropezando con ellas á su paso, le arrojan al rostro una gota de rocío, cree sentir el agua mágica que Diana lanzó sobre Acteon y que hizo brotar en sus sienas cuernos de ciervo.

Por la noche debían multiplicarse los terrores que debía causar el encuentro de La Inmortal. ¿Los grandes ruidos lejanos que atravesaban el silencio, eran los brincos de sus Ninfas ó los saltos de las cascadas? ¿No podían tomarse las ramas plateadas por puntas de sus lanzas, moviéndose iluminadas por la luna? Cuando ésta, en su creciente, se asomaba por las cimas de los montes, el viajero que llegaba tarde creía que era la diadema de Diana, adormecida sobre una cumbre, porque ella también era la luna. Diana se despojaba todas las noches de su forma terrestre, como de un traje de caza, y

horror al sortilegio de las tres hechiceras de Macbet. «Ven á nosotras, infernal, terrestre y celeste Hécate, diosa de los grandes caminos y de las encrucijadas, que traes luz, que marchas por la noche, enemiga de la luz, amiga y compañera de la noche, que te alegras cuando ladran los perros y se derrama sangre y vas errante entre las sombras y á través de las tumbas, y aterras á los mortales. ¡Bombo! ¡Gorgo! ¡Mormo! Luna de mil formas, mira con ojos propicios nuestros sacrificios.»

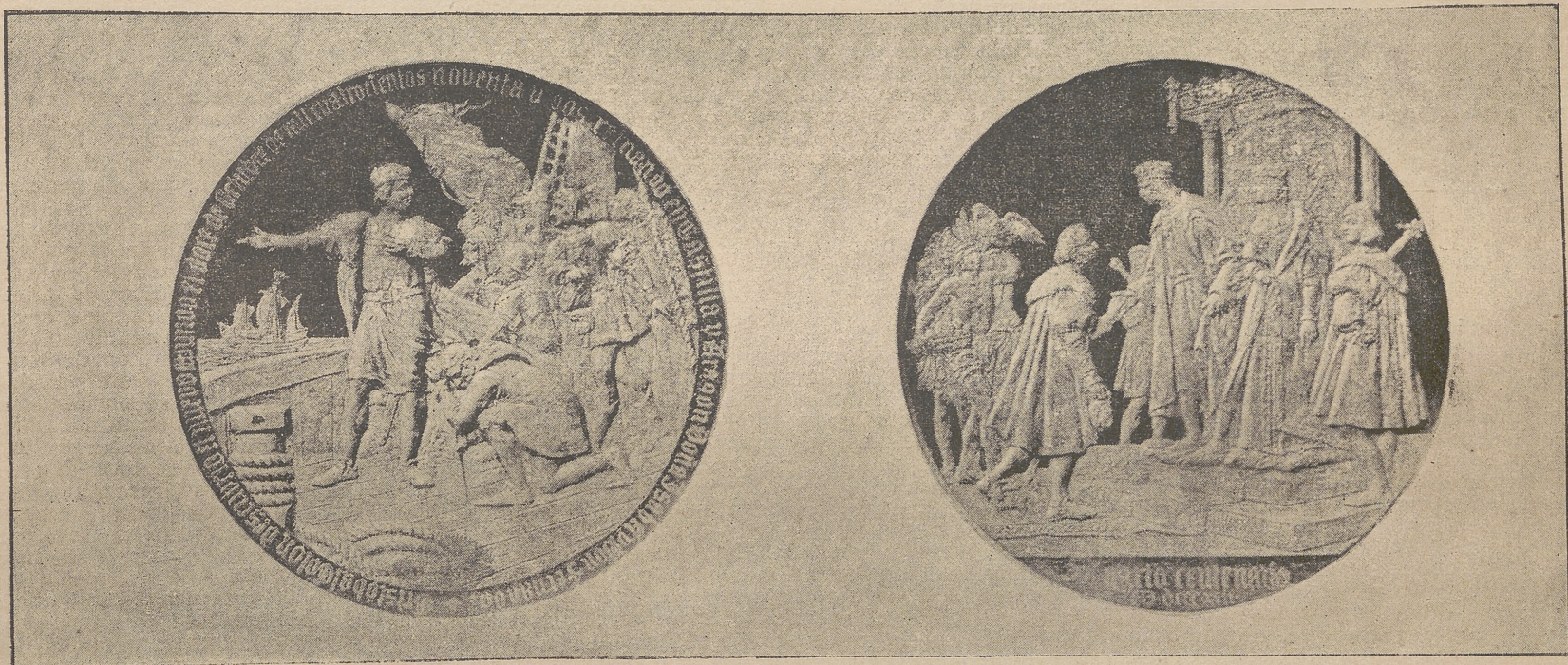
Andando el tiempo, la diosa dórica, corrompida por el Asia, se identificó con la Diana monstruosa del templo de Efeso. Dieron á su esbelta figura el aspecto de una momia, y cargaron su pecho con una triple línea de tetas. Sus sacerdotes fueron eunucos y la festejaron con obscenas mascaradas.

La verdadera Diana no es responsable de las metamorfosis impuras ó perversas que sufrió su tipo. Los humanos y simpáticos dioses griegos habían contraído en su pasado oriental deudas que era preciso que pagasen. Nacieron de los cultos fálicos y orgiásticos del Asia, y desprendiéndose de esa servidumbre de monstruos se convirtieron en hombres; de la deformidad del fetiche se elevaron á la belleza del genio, pero bajo sus rasgos purificados conservaban los signos de su concepción pri-

Cuando llegaba para las doncellas la hora nublada y las turbaciones que causaba Venus sucedían á la casta influencia de Dian, las jóvenes dedicaban á ésta su última muñeca. Como un exvoto suspendían de su estatua al inocente fetiche, que un ídolo vivo iba á reemplazar en su corazón.

Un solo amor se encuentra en la leyenda de Diana, inmaculado, como la luz que lo expresa. Bajo su forma sideral ama á Endimion, entonces no se llama Diana, se llama Sélene, esto es, la luna apacible y propicia. Indescriptible pudor reina en su matrimonio aéreo; sus caricias son reflejos y su beso es el rayo que se resbala sobre labios cerrados por el sueño; se entrega vertiendo su claridad sobre el cuerpo del joven cazador adormecido. Cuando Diana vuelve á descender á la tierra, guarda hasta con sus iniciados inviolable reserva.

En la tragedia de Eurípides, Hipólito, su más caro favorito, oye la voz de la diosa, sin ver su rostro; ella no aparece ante él sino cuando va á morir, pero consueta su agonía con celeste piedad. Al aproximarse la diosa se apaciguan los dolores del moribundo, se muere, pero sin sufrir. Si ella esquivaba su último suspiro, si no recibe su última mirada, es porque su dignidad divina le prohíbe ver el aspecto de la muerte. «Adiós, recibe mi último saludo. No se me permite ver á los muertos y manchar



MEDALLA CONMEMORATIVA DEL CUARTO CENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

se remontaba al cielo, para dirigir allí el ejército de las estrellas, como de día dirigía en la tierra el ejército de sus Ninfas. Sus facciones derramaban en el mundo desde el firmamento, ya dones propicios, ya funestos; los primeros eran los rayos apacibles que, hiriendo las tinieblas, abren los senderos; los segundos, las llamas siniestras, que levantan espectros y que alumbran negros maleficios.

Conserva Diana desde su origen lunar un carácter misterioso; cambia como el planeta que personifica. Contemplada en el cielo; su creciente límpido se metamorfosea en rostro que hace muecas. Mirada en la tierra; tan pronto nos muestra el semblante de una deidad caritativa como el perfil violento de una furia. Es implacable en sus venganzas; entrega á Acteon á los dientes de sus perros, mata á Calisto, su ninfa infiel, y extermina en masa á las hijas de Niobe. Indignada Juno en la *Iliada* le reprocha su «corazón de leona para las mujeres». Nadie en Pelleno se atrevía á mirar de frente su estatua; cuando la sacaban en procesión, los más atrevidos apartaban los ojos de ella. Se decía que su mirada esterilizaba los árboles y hacía caer la fruta verde. En Tanrida se regocijó Diana con la sangre de las víctimas y en Esparta con los gritos de los adolescentes y de las vírgenes, azotados ante su altar. Mientras duraba la desgarradora flagelación, tenía en sus brazos su sacerdotisa una estatua de madera de la diosa, y gritaba que su peso la aplastaba, y que la iba á dejar caer cada vez que veía que el brazo que castigaba aflojaba los golpes. Era esa inmortal espantosa, cuando resvestida con la máscara de Hécate, y desde lo alto del cielo, cernía su disco lívido empañado por nubes sobre la trípode mágica, en donde consumía los filtros y hacía hervir los venenos. «Te invoco, terrestre Hécate», grita la Symetha de Teócrito, al aderezar sus encantos—«ante quien hasta los perros tiemblan de terror, cuando te apareces al través de las tumbas y ante la sangre negra de los muertos. ¡Salud, terrible Hécate, y hasta el fin favorecénos, haciendo que estos venenos no valgan menos que los de Circe y los de Medea!»

Orígenes nos ha transmitido la plegaria litúrgica que le dirigían las magas de la Tesalia; iguala en

mitiva. De tiempo en tiempo, cuando menos, por algún lado debían volver á tomar su última figura. El sacerdote no entregaba el ídolo entero á la lira del poeta ni al buril del artista, sino que se reservaba para él la parte oscura y velada, la forma jeroglífica y oculta. De aquí dimanó la doble existencia que divide y contradice con frecuencia á las divinidades de la Grecia. Afrodita se hunde por algunos instantes en los misterios impuros de Astarte; el joven y riante Baco, con el nombre frigio de Zagrens, vierte en vez de vino la sangre de las víctimas, y Proserpina abandona el lecho de flores de Sicilia por sentarse en el negro trono del Hades.

Sin embargo todo esto, la cazadora Diana eclipsa á Hécate; la virgen pura redime los crímenes del ídolo de Efeso y del astro impuro. Bajo esa noble forma es hermosa y bienhechora; al través de su aspecto severo se trasluce su bondad como se adivina su virtud en su aire feroz. Merece el título que los atenienses grabaron en el zócalo de su estatua: «A la buena y bellísima diosa.» La invocaban los enfermos y hacía llegar hasta la cabecera del lecho el olor balsámico de los bosques que ella pxhala y que cura todas las enfermedades. Como por delicada compensación, la Grecia le confió el patronato de los niños, pues ya que ella no había de conocer las voluptuosidades del himeneo, quisieron que sintiera algo del goce maternal. Era la protectora de los niños, y la sacrificaban animales pequeños para obtener su protección. Como Illythia, aligeraba los dolores de las madres.

Según los mitos de Delos, apenas salió Diana del seno de Latona, le ayudó á dar á luz á Apolo. La augusta virgen desempeñaba en la Mitología el papel que hace en la familia la tía que permanece soltera y que reparte entre los hijos de sus hermanos el amor que encierra su seno estéril. Su pureza la dota de una belleza especial; hay algo de la aureola en el brillo que vierte, y en su divinidad algo de santo. Se aparece más como una Madona que como una diosa. «La Diana de esta encrucijada, dice un pigrava de la *Anthología*, es una joven virgen que vive en casa de su padre, que la ha vestido con el traje de la diosa, porque ésta se le apareció cerca de donde trabaja, resplandeciente de luz.»

mis miradas con fúnebres exhalaciones, y veo que te aproximas al término fatal.» La partida solemne de la diosa precede á la del alma del héroe.

Se atribuía á Diana una función terrible; su arco lanza la muerte súbita que mata al hombre en la plenitud de su fuerza y al adolescente en la flor de su edad; pero para los antiguos, la muerte repentina era la *euthanasia*, esto es, la buena muerte; y bendecían á Diana por la seguridad de sus tiros, y llamaban dulces á sus invisibles flechas. «¡Oh madre mía!»—pregunta en la *Odisea* Ulises.—«¿Por qué la Parca te ha sometido al sueño de la muerte? ¿Has sufrido larga enfermedad, ó, visitándote Diana, te hizo caer rápidamente herida por sus dulces flechas?» Y Anticlea le responde con apesadumbrado acento: «No me ha herido Diana en el seno de mi palacio con sus dulces flechas; el dolor de tu ausencia, ¡oh hijo mío!, me ha robado la luz del día.»

En Diana ha expresado el paganismo su más alto y su más puro ideal; necesitaba oponer esa virgen á divinidades libidinosas. Mientras que los inmortales llenan de adulterios la tierra y el cielo, la rígida diosa, encerrada en sus montañas inviolables, protesta con su austeridad contra los desbordamientos del Olimpo. En sus dominios da ejemplo de abstinencia y de energía; educa almas sanas en cuerpos robustos y presenta escuela de heroísmo. Su influencia es eficaz, su influencia se exhala del fondo de los bosques y se esparce por la Grecia, semejante á los vientos fríos que purifican la atmósfera. Ella excita á los jóvenes á los ejercicios del gimnasio, los arrastra á la caza, alejándolos de las casas de las cortesanas y de los pórticos de los retóricos. Cuando la imagen de la diosa se alteró; cuando se corrompió su culto, se retiró una virtud del politeísmo, y éste perdió su único pudor y su última dignidad.

PAUL DE SAINT VÍCTOR.

CÓMO DISCURREN LOS NIÑOS

—Se han reído, mamá, de estos jirones que en el vestido llevo.

¡Por qué no tendrás tú muchos millones para otro traje de percal más nuevo!

—La bondad, hija mía, y no el vestido nos salva ó nos condena.
—Sin embargo, me han visto y se han reído... y no me han preguntado si soy buena.

—Mírame á mí, y en tu conciencia fía. Si yo amase otros bienes, habiendo sido mala, los tendría.
—Y en cambio siendo buena ¿no los tienes!

Es que al fin de esta vida transitoria el premio nos espera.
—¿Cuál?—La gloria.—¿No más?—¿Más que la gloria?
—¡Ni un traje nuevo para mí siquiera!

—Hija, entiendes el bien, pero me espanta tu modo de entenderlo.
Puedes vestir muy mal y ser muy santa.
—Pero vistiendo bien, ¿no puedo serlo?

—No, no podrás, si el mundo de ese modo halaga tus sentidos.
¡Hay que pensar en Dios antes que en todo!
¿Qué quieres más, el cielo ó los vestidos?

Miró la niña entonces hacia el suelo, y, un tanto confundida,
—Sí, madre—respondió;—quiero ir al cielo, pero si puede ser... ¡mejor vestida!

ANSELMO GUERRA.

EL CIEGO

Todos los días se sentaba al pie de la escalera de Boisgerard, en una silla de paja que tenía el respaldo roto. No llevaba ni perro ni cuadro. Su clientela se componía de buenas gentes que subían la escalera, sobre todo el público de los entierros. Desde lejos adivinaba la aproximación del carro fúnebre y la cadencia característica de los pasos del duelo; levantábase entonces, se quitaba el sombrero y hacía muy devotamente la señal de la cruz. Casi siempre un señor de guantes negros se separaba del cortejo, yendo á echar una moneda á su escudilla.

El ciego daba las gracias y no se sentaba hasta que habían desfilado la familia y los coches. Todos los que pasaban durante el día le decían alguna frase, y él contestaba dando su nombre al que le hablaba, pues tenía su amor propio en conocer á las personas sólo por la voz.

Todos los días á las doce su mujer le llevaba la comida en una fiambrera de hojalata muy bien tapada. La infeliz, ya vieja, era lavandera y llevaba los brazos al aire.

Hablaba un rato con su marido, de pie, con las manos en jarras; después, cuando aquél acababa de comer, le limpiaba el abrigo, blanco de cal por el roce con la pared; en seguida, amigablemente, á la manera que hacen los campesinos, acercaban una á otra sus mejillas arrugadas.

**

Dos veces al día pasaba yo por delante del tío Francisco, á la bajada y á la subida, cuando iba á la visita del hospital. Con frecuencia le daba una moneda, y conocía mis pasos y siempre me saludaba diciendo:

—¡Buenos días, señor doctor!
Trabamos conocimiento, y un día que yo subía y me detuve para respirar un poco, porque estaba muy fatigado á causa del asma que padezco, me entretuve en hablar con el ciego y me contó su historia.

Había trabajado treinta años en la cerrajería, ganaba un buen jornal, y como no tenía hijos, vivían muy bien, sin que su mujer tuviera ningún oficio.

Una mañana encontró su vista menos buena; luego siguió de mal en peor, y al cabo de dos años no veía nada. Entonces, como no tenían economías, fué preciso tender la mano á los transeúntes, mientras que su mujer, con el mayor valor, se había puesto á lavar en casa de los parroquianos.

—¡La pobre, que tenía las manos tan finas!—decía el ciego suspirando.

Esta necesidad de dejar que trabajase su mujer parecía ser la única pena del tío Francisco. Hablaba de su ceguera sonriendo, y respondía con un buen humor que nunca le abandonaba:

—¡Bah, señor, no me aburro tanto como usted cree!

Maquinalmente, pero con una atención profesional, mientras que hablaba, yo le miraba los ojos, cuya luz llevaba ya apagada tantos años. El uno estaba perdido; pero el otro aparecía cu-

bierto de una blancura lechosa que empañaba la limpidez del iris.

Le pregunté:
—¿Ve Ud. «moscas?»
—¡Oh! sí, señor,—respondió;—vuelan en montones á mi alrededor. Es como un enjambre.

—Y ha consultado Ud. á alguien para la enfermedad de los ojos?

—No, señor, desde hace cuarenta años.
—¿Sabe Ud. lo que tiene? Pues una catarata, y si tiene confianza en mí, yo le volveré la vista.

Se puso muy encarnado y se volvió hacia mí con inquietud, como si creyera que ya tenía los instrumentos en la mano y que lo iba á operar en el acto.

Preguntó con timidez:
—¿Eso no será peligroso?

—¿Qué arriesga Ud., si su ceguera es completa?

Después, al ver que se callaba, añadió:
—Vamos, no tenga Ud. miedo.

Entonces me tendió la mano y me dijo:
—Iré á ver á Ud. cuando Ud. quiera.

**

El matrimonio estaba en mi casa al día siguiente; los dos vestidos de día de fiesta, y ella tan acongojada que fué preciso hacerla sentar y darle un calmante.

Reconocí al enfermo, y, efectivamente, tenía una catarata tan en disposición para operarla, que desde luego lo intenté.

Había hecho sentar al ciego delante de la ventana, en buena luz; mi ayudante le tenía la cabeza. La pobre mujer nos miraba hacer, y sus ojos no dejaban de interrogarme con la mayor ansiedad.

Cogí mi instrumento é hice la operación con gran fortuna.

La luz inundó el ojo. El buen hombre dió un grito. A sus pies había caído de rodillas su mujer, y sin poder hablar levantaba hacia él su pobre faz arrugada.

Entonces le dije:
—Vamos, levántese Ud.

Ella no se movió; siguió allí con los ojos fijos en su marido, buscando en ellos, apagados hacía tantos años, el despertar prometido de la luz.

El había echado su cuerpo atrás, como si le hubieran dado un golpe en mitad del pecho.

La luz que le bañaba iluminó su rostro transfigurado, y algunos segundos permaneció mudo, con la boca abierta.

Después, lentamente inclinó su cara, mientras sus manos buscaban, como para bendecirla, la cabeza de la mujer arrodillada.

Pero en el momento de tocar los cabellos grises, sus manos se separaron con un gesto de sorpresa; la cara se le transfiguró; un torrente de lágrimas corrió por sus mejillas, y el operado murmuró con voz ahogada:

—¡Ah, querida mía! ¡Cómo has envejecido!

HUGUES LE ROUX.

LA SENSIBILIDAD

EN EL

REINO ANIMAL Y EN EL REINO VEGETAL

Nuestro objeto es demostrar que las plantas poseen, como los animales, casi en el grado y la forma, la sensibilidad, este atributo esencial de la vida.

Reuniendo la sensibilidad consciente, la sensibilidad inconsciente y la irritabilidad, creo establecer, apoyándome en mis nuevos experimentos, que estas tres son expresiones graduadas de una sola y única propiedad, la *sensibilidad*; la posesión de esta facultad común demuestra la unidad funcional de los seres vivientes, desde la planta más pequeña hasta el animal más elevado en organización.

Los filósofos no conocen y no admiten en general sino la sensibilidad consciente, la que atestigüa el yo. Y la sensibilidad es para ellos la modificación psíquica, placer ó dolor determinado por las modificaciones externas. Una definición de este género no puede aplicarse sino única y exclusivamente al hombre, puesto que ha de intervenir la conciencia; el fenómeno que caracteriza está sin análogo, sin par, y aun pudiera decirse sin significación, desde que nos separamos del sujeto pensante.

Los fisiólogos se colocan necesariamente en otro punto de vista. No les basta definir; deben estudiar el fenómeno bajo todas las formas que reviste. Observan que desde el momento en que un agente modificador viene á obrar sobre el hombre, no provoca únicamente placer ó dolor, que no afecta exclusivamente al alma; afecta al cuerpo, determina otras reacciones que las reacciones psíquicas, y estas reacciones automáticas, lejos de ser la parte accesoria del fenómeno, son, por el contrario, el elemento esencial persistente, sobreviviendo á las demás reacciones en el

hombre mismo, únicas apreciables en los demás animales.

Designa, pues, el nombre de *sensibilidad* á la vista del fisiólogo, el conjunto de modificaciones de todas clases, determinadas en el ser viviente por los estimulantes, ó mejor la aptitud á responder por estas modificaciones á la provocación de los estimulantes.

Cuando el ojo, el oído ó las papilas de la piel sufren la acción de los agentes físicos, vibración luminosa, vibración sonora, vibración calorífica ó contacto, la modificación fisiológica que sufren es lo que debe llamarse por el fisiólogo *sensibilidad*. La sensación no es nada más que un elemento de este complexus, que puede faltar subsistiendo los otros.

El músico que descifra maquinalmente un trozo de música, arrastrado en una distracción que vela su conciencia, recibe la impresión luminosa y reacciona de la misma manera al fenómeno físico, cual si su atención estuviera despierta.

Sucede igual fenómeno cuando los alimentos, penetrando en el estómago, van á irritar la membrana mucosa que le tapiza; el observador cuya mirada pudiera penetrar hasta este órgano, vería, como lo ha visto el Dr. M. Beaumont sobre un canadiense, cuyo estómago quedó abierto á consecuencia de una herida de arma de fuego, vería, decimos, bajo la acción de los alimentos ó de cualquiera otra sustancia introducida en su cavidad, enrojecerse la mucosa, ponerse tumefacta y cubrirse de una secreción particular. Hé aquí una reacción notabilísima y evidente, de la que no tiene conciencia el yo.

Se observa lo mismo en el corazón que reacciona sobre sus estimulantes, sin que seamos directamente prevenidos.

Igualmente pasa con todos los movimientos orgánicos sustraídos á nuestra conciencia y nuestra voluntad.

En todos estos ejemplos, la naturaleza de las reacciones vitales es variable; la propiedad de reaccionar es común. Fuera del sistema nervioso, la propiedad de reaccionar, idéntica en el fondo, pertenece á todos los tejidos, á todos los elementos anatómicos del organismo. Los fisiólogos, desde Haller y Glisson, han designado por el nombre de *irritabilidad* este privilegio común de los tejidos animales. Con frecuencia han oscurecido la noción de la irritabilidad multitud de ideas confusas, hasta el día en que Bichat la presentó bajo un nuevo aspecto.

Bichat distinguía tres expresiones de la sensibilidad.

1.º La *sensibilidad consciente* que preside á la vida de relación ó á los movimientos exteriores.

2.º La *sensibilidad inconsciente* que se traduce por los movimientos internos.

3.º La *sensibilidad insensible*, es decir, inapreciable á la vista, porque se manifiesta, además que por movimientos, por ejemplo, por acciones nutritivas ó tróficas.

En mi opinión, colocándose en el punto de vista de los organismos vivientes, tal y como lo he expuesto en otra parte, considero la sensibilidad como una de las propiedades fundamentales de todos los elementos orgánicos, de toda célula viviente. Cuando la sensibilidad se traduce en un elemento aislado, no la conocemos aparato nervioso especial; cuando es la expresión más compleja de la sensibilidad de los diversos elementos, tejidos ú órganos que armoniza, toma aparatos nerviosos más ó menos complicados según la naturaleza de los fenómenos que ellos expresan. Por último, cuando la sensibilidad se nos aparece como una reacción del organismo entero, representa el consensus vital más elevado, y en este caso únicamente aparece consciente en el hombre y en los organismos superiores.

Si consideramos las cosas objetivamente, se encuentra en todos los grados y todas las formas, desde la sensibilidad consciente hasta la oscura reacción del tejido, el hecho conciencia, que viene á complicar el complexus sensibilidad, que depende de la circunstancia que la irritación ha llevado sobre una parte en relación con el cerebro, asiento del sensorio común. En una palabra, la sensibilidad es la propiedad de reaccionar de una manera apreciable más ó menos visible, bajo la influencia de una solicitud exterior.

Tomada en este sentido general, la sensibilidad se confunde con la irritabilidad. La sensibilidad propiamente dicha y la irritabilidad particular del tejido ó del elemento nervioso, como la irritabilidad de un tejido cualquiera, puede llamarse la *sensibilidad particular de este elemento ó de este tejido*.

Todas estas formas de la sensibilidad se confunden y son idénticas. Se demuestra la comunidad de esencia y la identidad fundamental, por la comunidad de los anestésicos y la identidad de circunstancias que la hacen desaparecer ó abolir.

De esta manera aparecerá la sensibilidad como la propiedad más característica y más general de la vida. Todo lo que vive siente, y puede anestesiar; todo lo que no siente ni vive, no puede anestesiar, diremos nosotros.

La sensibilidad ó irritabilidad, consideradas de esta manera como atributo universal de la vida, debe pertenecer desde luego tanto á los vegetales como á los animales, sin que nuestra fór-

mula sea inexacta ni nuestra generalización ilegítima.

Y en efecto, los vegetales poseen la sensibilidad en el mismo grado y con las mismas condiciones que todos los seres animados. El diagnóstico exclusivo de Linneo, *vegetabilia crescunt et vivunt; animalia crescunt vivunt et sentiunt*, no es exacto sino atendiendo á las apariencias y como á la corteza de las cosas.

Se sabe desde hace tiempo que ciertas plantas reaccionan cuando se las toca; así la sensitiva cierra sus pétalos al contacto de las manos que la quieren coger.

Pero estos fenómenos se miraban como excepcionales de todo punto, y su realidad no era ni casi absolutamente demostrada.

La generalización que he presentado ha tomado un carácter del todo nuevo, porque se conoce verdaderamente un reactivo de la vida y de la sensibilidad, que permite reconocer su existencia con certeza allí donde exista.

Este reactivo es el agente anestésico; sea el éter, sea el cloroformo.

Todos conocemos el uso del éter ó del cloroformo para suspender momentáneamente la sensibilidad consciente, y cada uno sabe que el objeto perseguido es precisamente la supresión del dolor que acompaña á la sensibilidad consciente durante las operaciones quirúrgicas.

Se hace respirar los vapores del éter ó del cloroformo, que llegan á los pulmones á través de las paredes de las vaxículas pulmonares; penetran entonces en la sangre que los conduce á ponerse en contacto de los elementos nerviosos encefálicos; entonces el yo se duerme y con él la sensibilidad consciente.

No se lleva la acción más allá, porque no hace falta ni tiene ninguna utilidad en los enfermos que se operan. Pero si eterizamos animales, como ranas, continuando indefinidamente la introducción de los vapores del éter, vemos sucesivamente apagarse después de la sensibilidad consciente todas las manifestaciones de la sensibilidad inconsciente en el intestino y las glándulas, y acabaremos por detener la irritabilidad muscular y las agitaciones tan vivaces de las pestañas vibrátiles implantadas en gran número, como los pelos de un cepillo, en ciertas membranas mucosas, por ejemplo, la que tapiza las vías respiratorias.

No ejercen, pues, el éter y el cloroformo únicamente su acción sobre los órganos nerviosos: cuando se dejan completar sus efectos, obran de la misma manera suprimiendo la propiedad de reaccionar de todos los tejidos, cualquiera que sea la naturaleza y forma. No hay más diferencia que la misma que separa la intensidad de estas diversas reacciones ó el grado de su rapidez.

Estas son también las diferencias del mismo género que separan las plantas de los animales; es decir, la simple diferencia de grado; el éter, como el cloroformo, ejerce sobre ellas una acción idéntica que la que acabamos de ver en los animales. Somete á los vapores de éter ó de cloroformo las hojas de la sensitiva, y veréis tocar á estas hojas sin que se plieguen y reaccionen como de ordinario; no sienten el contacto de las manos.

Probado ya este primer hecho, me conduce á creer que podría reproducirse sobre los demás órganos, y á propósito de las demás funciones de las plantas, como se había extendido en los animales la anestesia del cerebro, que es el asiento de la sensibilidad consciente, á todos los demás tejidos donde reside la sensibilidad inconsciente y la irritabilidad.

Tomad un grano de germinación muy rápida, como el de ciertos berros, y colocadlo sobre una esponja empapada en agua; á la mañana siguiente habrá germinado y echado un vástago y una raicilla. Repetid el experimento bajo una campana, á la que lleguen los vapores del éter, y el grano quedará inerte aun cuando tenga á su disposición oxígeno, agua, luz y calor; no siente los excitantes que le rodean.

No creáis, sin embargo, que esté muerto ó herido en algún órgano esencial; duerme sencillamente, como podréis convenceros fácilmente.

Levantad la campana, se disiparán los vapores del éter, el grano despertará, y al día siguiente entrará en germinación.

Igual observación se reproducirá en un huevo de pollo, que nunca incubará eficazmente en una atmósfera de éter.

Pasemos todavía á otro fenómeno de la vida de las plantas, lo que todavía se llama impropriamente su *respiración*; quiero hablar de la función, por medio de la que la planta absorbe el ácido carbónico y exhala en el aire el oxígeno.

Todo el mundo sabe que este fenómeno que asienta en las partes verdes exige la acción de la luz; se produce lo mismo, si no es mejor, en las hojas de las plantas acuáticas sumergidas bajo el agua, que en las hojas de las plantas aéreas.

Pues bien: tomad una planta acuática y colocadla en un vaso de cuello largo, que habréis llenado previamente de agua, que contenga éter ó cloroformo disueltos. Este es un experimento que cada cual puede repetir fácilmente sin necesidad de aparatos especiales; basta agitar en una garrafa una mezcla de agua y de cloroformo ó éter, después separar por una sencilla decantación la materia en exceso que sobrenada en el agua si

es el éter, que se acumula en el fondo si es el cloroformo.

Colocando en seguida una campana cubriendo á la planta sumergida en el agua anestésica, será fácil probar por los medios ordinarios que no absorbe ácido carbónico ni exhala oxígeno. Pues sin embargo, queda perfectamente verde y no parece sufrir.

Por el contrario, en este caso respira como los animales, es decir, absorbiendo oxígeno y exhalando ácido carbónico. Esta es, en este caso, una verdadera respiración marcada por el fenómeno predominante de la asimilación del carbono y la exhalación del oxígeno.

Queréis despertar vuestra planta para convenceros que vive todavía: colocadla en agua pura, que no contenga éter, y volverá á asimilarse el ácido carbónico y á desprender oxígeno bajo la influencia de los rayos solares.

Se puede aún ir más allá y atacar uno de los fenómenos más íntimos de la vida vegetal, las fermentaciones.

La fermentación alcohólica del zumo de la uva ó de mosto de la cerveza ofrecen ejemplos bien conocidos. Estas fermentaciones están producidas por una especie de pequeño hongo microscópico, la levadura del vino ó la levadura de cerveza. Este hongo descompone la materia azucarada para nutrirse; la desdobra en alcohol, que queda en el licor y en ácido carbónico, que gracias á su estado gaseoso, se escapa á la atmósfera.

Pues bien, colocad la levadura de cerveza con una materia azucarada en un aparato convenientemente preparada que contenga agua con éter como anteriormente, y la materia azucarada no fermentará. Duerme el hongo y no siente á la azúcar que debe nutrirlo. Cuando estéis convencidos retirad esta levadura, ponedla en un filtro y lavadla con agua común, y volvedla á colocar en seguida en otra agua sin éter, y en seguida empezará la fermentación.

Pero si examináis la materia azucarada que quedó en el agua con la levadura de cerveza, presenciareis un fenómeno singular. Habéis puesto azúcar de caña y retiráis azúcar de uva, que posee sin duda la misma composición en peso, pero con distinta agrupación molecular.

Esta transformación, bien conocida, se produce por un fermento inversivo no organizado, que acompaña en la levadura de cerveza al fermento-hongo organizado, del que veníamos hablando hasta aquí. En efecto, este fermento-hongo no es capaz de asimilarse el azúcar de caña en naturaleza; es necesario que este azúcar se transforme en azúcar de uva, exactamente lo mismo que pasa en nuestros intestinos. El fermento-hongo lleva, pues, á su lado en la misma levadura una especie de criado, dado por la naturaleza para operar esta digestión en provecho del parásito, y este es el fermento inorgánico inversivo. Este fermento es soluble, y como no está organizado no tiene sensibilidad, y por esta razón no se duerme bajo la acción del éter, y continúa llenando su papel sin apercibirse ó saber que el sueño de su señor hace, por el momento, inútil su trabajo.

Visto que los animales y las plantas poseen una misma sensibilidad revelada por la acción de los anestésicos, es necesario que resida esta sensibilidad en alguna cosa material, en alguna sustancia que se encuentre en todos los seres.

Para señalar este asiento de la sensibilidad es preciso saber de antemano que todos los tejidos orgánicos, animales ó vegetales, están uniformemente compuestos de células microscópicas infinitamente pequeñas, que son las que constituyen el verdadero asiento de la vida y sus fenómenos vitales elementales.

En estas células es donde residen en realidad todas las propiedades que se manifiestan en seguida en los tejidos orgánicos, simples aglomeraciones de estos individuos celulares.

En las células está el asiento de la sensibilidad. En ellas se encuentra una materia proteica, el *protoplasma*, que un naturalista inglés, Th. Huxley, ha llamado con razón la *base física de la vida*. Esta materia se encuentra en todas partes, elemento celular en los seres complejos, formando el ser todo entero por sí sólo, cuando el ser se halla reducido al último grado de sencillez. Se encuentran seres protoplasmáticos hasta en el fondo de los mares, seres notables, de los que no se puede decir si son animales ó vegetales, porque no tienen ninguna forma determinada y pueden tomarlas todas sucesivamente. Huxley ha encontrado á mil metros por debajo de la superficie del Océano un tipo muy curioso, que llamó *Bathybius Hæckelii*, y Hæckel mismo ha hecho de estos extraños seres un reino nuevo, el de los *protistas*.

Este protoplasma, que constituye por sí solo algunos protistas, se encuentra en todas las células animales y vegetales; bajo la influencia del éter, la célula pierde su transparencia, adquiere una ligera opacidad, como el vapor de agua que se deposita sobre un globo de cristal; luego, cuando la acción del éter ha pasado, el protoplasma, sin duda, se vuelve fluido, y casi como el vapor de agua depositado en el globo de cristal en el estado vesicular, le deja de nuevo transparente evaporándose.

La sensibilidad reaparece entonces. Se pue-

de, por lo tanto, creer que es en esta sustancia protoplasmática en la que reside la irritabilidad ó la sensibilidad inicial del ser. Si la unidad del protoplasma establece la unidad fisiológica de los dos reinos orgánicos, dándolos á ambos un *abstractum* de la sensibilidad, esto no impide que cada uno reaccione según su propia naturaleza, y es bien claro y evidente que el vegetal fijo en el suelo y desprovisto de fibras motoras no pueda reaccionar, huyendo como la mayoría de los animales.

De aquí las diferencias que separan los seres tan variados de la naturaleza.

Pero estas diferencias no son incompatibles con la unidad que se nota en los fenómenos fundamentales de la vida, entre los que debe la sensibilidad ocupar el primer rango.

Así la sensibilidad es en alguna manera el punto de partida de la vida; es el gran fenómeno inicial del que todos derivan, así en el orden fisiológico como en el orden intelectual y moral.

CLAUDIO BERNARD.

Á UN TUERTO

No te quejes, Casimiro,
No te quejes de ser tuerto,
Que para ver lo que pasa
Aun te sobra miramiento.

Feliz tú mil y mil veces
Que, del mundo el desconcierto,
A guisa de ciclorama
Miras por un agujero.

Si nacer es darse á luz,
Aun te encuentras tú naciendo,
Pues si bien á luz te has dado
No te has dado por completo.

In medius consistit virtus
Dice el latino proverbio,
Y pues de todas las cosas
Hallas el término medio,

Nadie cual tú, Casimiro,
De la virtud es modelo:
Vives entre sol y sombra,
Entre veros y no veros,

Entre la noche y el día,
Entre nublado y sereno,
Y hasta el nombre Casimiro
Deja tu mirar incierto.

Tú los agudos pesares
Nunca sientes por entero,
Que al llorarlos por un ojo
Los divides por el medio.

Si por ser corto de vista
Necesitas espejuelos,
Te basta con el monóculo
Que cuesta poco dinero.

Si tienes cerrado un ojo
Llevas en cambio otro abierto;
Y aunque aquel muerto se halla,
Este vive satisfecho;

Y entre tus variados ojos
Está el punto prisionero,
Que en la variedad está
El gusto, como sabemos.

Un quinqué en tu faz ostentas,
Pero de lo más completo,
Que si pantalla es un ojo,
Es el otro reverbero.

No tendrás nunca ambiopía
Ni un estrabismo ligero,
Ni varias otras dolencias
Propias de órganos gemelos.

Si retratarte deseas
Quedarás siempre contento,
Pues obtendrás el retrato
A medida del deseo.

Si con vista, por un lado;
Por el contrario, si ciego;
Y si con vista y sin ella,
De frente y resultas tuerto:

Y podrás luego decir,
Parodiando el gran misterio:
«Aquestos tres personajes
De tan diferente aspecto,
Son tres personas distintas
Y en verdad un solo tuerto.»

Todos miramos torcido,
Sólo tú miras derecho,
Y el cazador más famoso
No hará, no, blancos soberbios

Si no se apunta y dispara
Como si estuviera tuerto.
Tú, de los seres creados
Eres el ser más perfecto

Y el más semejante á Dios,
Que nada tiene superfluo,
Y que Dios es como tú
Te lo probaré al momento.

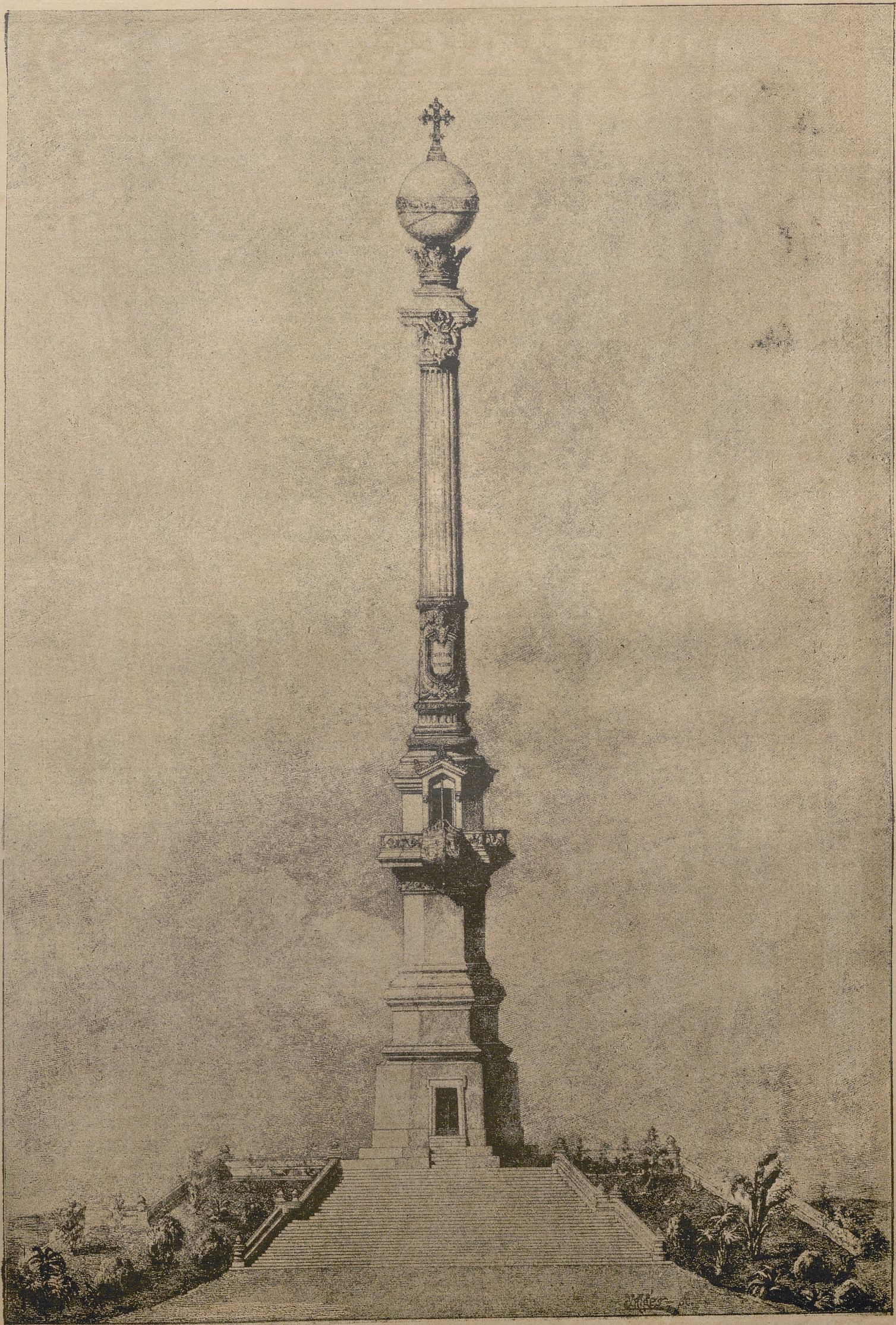
¿Qué quiere decir si no
¡El ojo del Padre Eterno!
Y ¡jojo de la Providencia!
Sino que Dios está tuerto?

Tienes colocado el ojo
Aun mejor que Polifemo,
Pues á llevarlo en la frente
Cegárate el sombrero.

Cuando quieres acostarte,
Te duermes en un momento,



BAJO RELIEVE DE D. JOSÉ BENLLIURE



MONUMENTO CONMEMORATIVO DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA, LEVANTADO EN HUELVA EN 1892
(Original del Arquitecto D. Ricardo Velázquez.)

Pues siempre vas á la cama
Entre dormido y despierto.
Si rey quieres ser un día,
Se cumplirá tu deseo
Tan sólo con que te vayas
A la tierra de los ciegos;
Y no habrá, no, en todo el mundo
Otro reino cual tu reino,
Que tan ciegamente acate
Las leyes y los decretos.
Lo que no debes hacer,
Si encuentras un cuerpo bueno,
Es echarle nunca el ojo,
Si no quieres quedar ciego.
No creas que está reñida
Tu falta con el talento,
Pues que tienes en Gambeta,
En Bretón de los Herreros,
En Camoens y en Taboada
Muertos y vivos ejemplos
De lo mucho que han valido
Y valen algunos tuertos:
Y nada digo de Milton,
Ni del inmortal Homero,
Que discurrían tan claro
A pesar de ser tan ciegos.
La dicha que tú disfrutas
Por haber nacido tuerto
Es imposible adquirirla
Con los tesoros de Crespo:
Que ese placer soberano,
Ese gozo tan inmenso,
Cuesta un ojo de la cara,
Y no hay quien rebaje el precio.
No te quejes, Casimiro,
No te quejes de ser tuerto,
Que tienes grandes ventajas
Hasta el último momento;
Para morir, los dos ojos
Que cerrar todos tenemos;
Con la mitad del trabajo
Tú cierras uno y *laus Deo*.

MANUEL MILLÁS.

RANTANPLÁN

BASTA sólo ver una vez al general para formarse idea de su carácter. Con sus ojos de águila y sus bigotes de tigre, es el tipo completo del buen soldadote, que ama la guerra por gusto y que hasta en la vagancia tiene un poco de ferocidad. Adivínase que es de raza de militares y que han sido precisas muchas generaciones de jinetes para llegar á ese producto perfecto.

Así pensaba yo, muy infatuado, como estamos casi todos hoy día con nuestro talento crítico, es decir, observador, y que juzgamos á las personas por las apariencias.

Cuando supe que el general escribía sus memorias, imaginé que serían una colección de órdenes del día, un desfile de cargas brillantes y monótonas.

Pues bien: ¡vean Uds. cómo se engaña uno! Este es el primer capítulo de sus memorias:

«¡Lo que es el destino! ¡Decir que yo nací para fabricante de seda! Mi padre, mi abuelo y todos mis antepasados desde hace mucho tiempo, según creo, eran fabricantes de seda en Lyon y yo debía sucederles. Si yo soy general, tiene la culpa Totor y las tristezas de mamá.

Totor era el hijo de nuestro jardinero en Montgain-sur-Saone, y las tristezas de mamá provenían precisamente de nuestra estancia en esta campiña, aburrida para ella.

Viuda á los veintiséis años, al frente de una gran casa de comercio de la que no entendía ni jota, se retiró por el pronto á Montgain para escapar á las obsesiones de su familia, que quería que se volviera á casar.

Esta nueva unión parecía necesaria á sus intereses; una mujer no puede dirigir tantos negocios que se estropearían en sus manos. Allí hacía falta un hombre de experiencia. Este hombre se había encontrado; se llamaba M. Lematthiën, tenía treinta y cinco años, un caudal igual al nuestro, un nombre célebre en la industria de la seda; en fin, era el esposo soñado.

Sonado por la familia, pero no por mamá. Casada la primera vez bajo el régimen de las conveniencias, no se sentía con valor para ser de nuevo una carta de dote. Si la sedería se encontraba bien, su corazón pedía otra cosa. Y de aquí sus pensamientos negros.

Todo esto lo supe más tarde; por el momento, con mis ocho años yo no veía más que una cosa, y era que la casa estaba tristísima; así es que me pasaba la vida jugando con Totor.

Jugar no es la palabra; lo que hacía era corretear; porque del jardín salíamos para el pueblo, y de allí al campo en compañía de todos los chiquillos del contorno.

La jardinera tenía el encargo de vigilarnos y lo mismo el jardinero; pero el jardín era tan grande y las tapias tan fáciles de saltar, y luego Totor jera tan travieso!

¡Ah! ¡qué hermosas correrías! Me acuerdo de ellas como si hubieran pasado ayer. Hicimos una que no olvidaré jamás... ¡Caramba! fué mi primera campaña, y mis verdaderos años de servicio datan desde entonces.

Totor, que era ingenioso, nos organiza como soldados. Tenía doce años y el derecho de mandarnos á mí y á los otros galopines del pueblo, pero por respeto me nombró jefe á mí.

Nuestro ejército se componía de una docena de infantes, á quien Totor distribuyó fusiles fabricados por él, en detrimento de las viñas, privadas de los palos que les ponen para sostener los brazos.

A mí me confeccionó un sable, no de madera como los fusiles de mis soldados, sino de verdadero hierro del mango de una sartén.

Sobre mi gorra puso la cola de un desgraciado gallo, reducido desde entonces á esconder su vergüenza en la sombra del gallinero.

El se hizo un tambor con un sombrero viejo de copa, al que quitó las alas; era un tambor negro, de sonidos velados y cavernosos, y parecía que íbamos de funerales.

Así armados, partimos á la conquista de las peras y las uvas, y yo marchaba orgullosamente detrás de Totor haciendo brillar el sable tanto como puede brillar un mango desarténgrasiento.

Atravesamos el pueblo, llevando por toda bandera el pañal de la camisa que flotaba detrás de algunos de mis soldados, y siempre marcando el paso, decíamos al compás del negro tambor:

—Ran-tan-plan, tire-lire lire; Ran-tan-plan, tire-lire-lire.

—¡Alto! ¿Quién vive?

Una voz desconocida, formidable, nos sorprendió así un día al volver un camino.

Un ejército enemigo estaba delante, compuesto de un solo hombre, es verdad, pero ¡qué hombre! ¡un verdadero soldado! ¡qué digo? ¡un oficial! con pantalón encarnado, con un sable de acero que le golpeaba la pierna izquierda y grandes bigotes rubios retorcidos.

A la voz de «¡sálvese quien pueda!», nuestro ejército se desbandó; los fusiles fueron rodando; y yo, el general, dejé caer á los pies del vencedor mi humillado mango de sartén. Sólo Totor se portó bién; se puso su tambor en la cabeza para darse aire más imponente, y respondió:

—Francia, mi coronel.

El coronel no era más que un teniente, y se echó á reír.

—¿Dónde vais así, mis pequeños pipiolos?

—Pues á la guerra, mi capitán,—respondió Totor, bajando grados á aquel enemigo que no tenía nada de terrible.

—¡Pues bien!—replicó el oficial;—queréis servir á mis órdenes? Precisamente voy buscando un almuerzo que tomar al asalto; conducidme al restaurant más próximo y yo os pagaré la merienda, granaderos... ¿No queréis? ¡Vamos, sois tímidos! Veamos tú, generalito—y me cogía la barba y me alzaba la cabeza. Era muy amable aquel oficial, y cuanto más le miraba me agradaba más. Alto, esbelto, joven, tenía cara muy simpática y ojos soñadores. Su fina mano me acariciaba la cara, y de pronto se me ocurrió una idea, que encontré admirable.

—Si,—le dije,—conozco un restaurant y os guiaré.

—¿Dónde?—dijo Totor.

—Pues á nuestra casa.

Totor aceptó la idea, y dijo:

—Es verdad. ¡Oh! ¡Qué gracioso será eso!

Echamos á andar, y bien pronto llegamos al jardín de casa, donde mamá, despeñada y en peñador, paseaba su fastidio. A su vista, y al aspecto de la casa, el teniente notó su error. Quiso explicarse y dar sus excusas. Formaba parte de la comisión del levantamiento de planos topográficos; se había alejado mucho para volver, y aquellos niños...

Estaba encantador disculpándose; confuso, pero galante y respetuoso.

En cuanto á mamá, la pasaba lo que á mí: la agradaba el oficial.

—Este galopín,—decía acariciándome la mejilla,—es causa de mi inconveniencia. Perdóneme usted, señora.

—Pero si no hay inconveniencia!—decía mamá. Y como no sabía ocultar sus sentimientos, dijo:

—¡Al contrario!

En fin, que el teniente se quedó á almorzar y luego se pasó la tarde en casa. Mamá estaba encantada de él y yo lo mismo. Porque era alegre, espiritual, y nos contaba mil cosas agradables.

Era cosa de creer que nuestra casa tenía la mayor importancia estratégica, porque la dejaba raras veces el levantador de planos. Mamá estaba alegre y contenta, y así siguió hasta tres meses después, que dejó el nombre de mi padre para casarse, pero no con M. Lematthiën.

La casa de comercio se liquidó; mis antepasados enrojecieron ante nuestra traición. Yo tomé, al lado de mi padrastro, el gusto á la noble carrera de las armas. En lugar de aprender el *debe* y el *haber*, aprendí la esgrima, la equitación y las diferentes cosas necesarias para entrar en Saint-Cyr. Y ahora, gracias á las tristezas de mamá y al tambor de Totor, me veo de general; ran-tan-plan, tire-lire-lire. Pero de mis antepasados me

queda alguna cosa; aun hay una especie de seda en que me reconozco un poco: la de las banderas.

JUAN RICHEPÍN.

CANTE JONDO

Ya vino el verano
tras la primavera;
ya no tiene ni flor el almendro
ni nieve la sierra;

seco está el arroyo,
sus riberas secas,
y al reflejo del sol sólo brilla
su lecho de arena;

ya no hay margaritas
que esmalten la hierba;
hay en cambio más luz en el campo,
más fuego en la tierra.

Ya tras de la dicha
vinieron las penas;
para mí ya no hay fuego en tus ojos
ni amor en tu reja;

ya escondes al verme
la cara morena;
ya no oír de tus labios de grana
suspiros ni quejas...

Ya vino el verano,
y aunque el viento quema,
en tu pecho se esconde la nieve
que falta en la sierra.

M. PÉREZ DE LA MANGA.

CENTENARIO DE COLÓN

Sumario: Los descendientes de Colón.—El Museo Naval.—El Presidente de la República de Méjico.—De Guatemala.—Exposición histórica.—Noticias.

DESDE Cristóbal Colón, desde aquel desconocido genovés que, cogido á la mano de su hijo Diego, niño de corta edad á la sazón, llamaba para pedir un poco de agua y un pedazo de pan en 1486 á la puerta del convento de frailes franciscanos de Santa María de la Rábida, sito media legua de *Palos de Moguer*; desde aquel intrépido navegante hasta el actual descendiente suyo, D. Cristóbal Colón de Toledo de la Cerda y Gante, Duque de Veragua, han llevado el apellido que hizo ilustre el descubridor de América y los títulos del mismo las personas que indica la genealogía siguiente, entresacada de una revista publicada en 1881. Son curiosos datos de actualidad.

I. D. Diego Colón y Melo.

Fué primogénito del descubridor, Duque de Veragua y Marqués de Jamaica.

II. D. Luis Colón y Toledo.

Este añadió á los anteriores títulos el de Duque de la Vega de la Isla Española en Santo Domingo, por gracia de Felipe II en 1557, y el de Grandeza de España.

III. D. Alvaro de Portugal y Colón.

En éste se interrumpió la varonía.

IV. D. Nuño Colón de Portugal.

V. D. Alvaro Jacinto Colón de Portugal.

Fué del hábito de Calatrava.

VI. D. Pedro Nuño Colón de Portugal y Castro.

Este unió á los títulos de la casa de Colón los de los Condes de Gelves, Marqueses de Villanizar; fué Capitán general de la Armada y Presidente de la Real Audiencia de la Nueva España. Estuvo también condecorado con el Toisón de Oro.

VII. D. Pedro Manuel Colón de Portugal y la Cueva.

Fué Maestre-campo de los Estados de Flandes; General del ejército en Cataluña y en el Estado de Milán; Gobernador y Capitán general de Galicia; Virrey de Sicilia y Capitán general de las Galeras de España.

VIII. D. Pedro Manuel Colón de Portugal y Ayala.

Este unió á los títulos de la casa ducal de Veragua y condal de los Gelves, los de Marqués de la Mota y San Leonardo, y Conde de Ayala y Villalonso; fué Virrey de Navarra y de Cerdeña; decano del Consejo de la Guerra; gentilhombre de la cámara de Felipe V y su Secretario de Estado en el despacho del Ministerio de Marina, Indias y Comercio, y disfrutó las encomiendas de Aznaga y de la Granja de la Orden de Santiago.

IX. D.^a Catalina Ventur y Colón de Portugal y Ayala.

X. D. Jacobo Francisco Eduardo Fitjames Stuart y Colón de Portugal.

Esté fué Duque de Veragua, de Liria, de Jérica y de Berwick; Conde de Gelves, Finmoutck, Ayala, etc.

XI. D. Mariano Colón de Toledo y Larreategui Jiménez de Embrión, del Consejo de Castilla, Presidente del de Hacienda y con honores del de Estado.

Este pleiteó contra la casa de Liria y heredó por sentencia firme contra esta casa los títulos de la de Veragua. Obtuvo la gran Cruz de Carlos III y de Isabel la Católica.

XII. D. Pedro Colón de Toledo Baquedano Larreategui y Quiñones, Senador del Reino, caballero del Toisón de Oro, gran Cruz de Carlos III y de Isabel la Católica, y gran Oficial de la Legión de Honor.

Fué el padre del actual Duque de Veragua, llamado

XIII. D. Cristóbal Colón de Toledo de la Cerda y Gante, que años pasados fué elegido Presidente del Congreso de Americanistas, y en 1890 fué Ministro de Fomento.

**

Según nuestras noticias, el Museo Naval enviará á la Exposición histórico europea lo siguiente:

Cuadro que representa el combate naval sostenido en el Estrecho de Gibraltar en 1521, por la Armada española, regida por D. Fadrique de Toledo, compuesta de 26 navios, contra una holandesa de 31 embarcaciones y superior fuerza.

Otro que representa la vista de un combate ganado á los holandeses por D. Fadrique de Toledo.

Cuadro que representa el combate que sostuvo el Almirante de la mar, Jofre Tenorio, contra veintidós galeras granadinas y africanas.

Cuadro que representa una de las vistas del combate naval que sostuvo la Armada española, compuesta de 20 velas, mandada por D. Juan Fajardo, contra otra holandesa de triplicadas fuerzas en 1621.

Cuadro que representa la segunda vista del combate que sostuvo D. Juan Fajardo sobre Fuengirolá, á que hace referencia el cuadro anterior.

Un esmeril espingarda sobre pinzote de llave rondeña, arma del siglo xvi, la que se disparaba en los tragantes de castillos, toldillas y bayatas.

Cañón encontrado al abrir los cimientos para edificar el obrador de instrumentos náuticos en el arsenal de Cartagena. Se fabricó en 1557.

Cuadro que representa el combate de Lepanto el 7 de Octubre de 1571, en cuyo día se dió la más sangrienta batalla que hasta entonces se habiada por mar. Se aliaron Roma, Venecia y España, á fin de oponer una gran fuerza naval á la de los turcos y berberiscos. Mandaba las galeras del Papa, Marco Antonio Colona. Iba al frente de las naves venecianas y genovesas, Doria, que en general mandaba las de España; pero á fin de dar más realce á aquella expedición, se dió el mando de las fuerzas españolas á D. Juan de Austria.

Modelo de un navío, que por su antigüedad se infiere perteneció á la casa de Austria.

Cuadro que representa el combate ocurrido en 1631 en las costas del Brasil entre las escuadras española y holandesa, al mando la primera de D. Antonio Oquendo y la segunda del General Hanspater.

Montaje regalado por el Papa Pío V á don Juan de Austria. La empuñadura de época, imitación damasquinada de oro y plata, ha sido ejecutada por D. Plácido Zuloaga.

Astrolabio, instrumento que en los antiguos tiempos prestó grandes servicios á la astronomía y la navegación, resolviendo mecánicamente casi todos los problemas de la trigonometría esférica.

Transversario ballestilla ó zonaja. Es uno de los instrumentos más antiguos que se conocen para observar la altura de los astros.

**

Deseosa esta corporación de contribuir de una manera digna á los festejos del Centenario, ha celebrado una reunión, adoptando, entre otros, los siguientes acuerdos:

Primero.—Manifestación cabalgata.—A semejanza de lo realizado por los gremios en Mayo y Junio de 1890, se llevará á cabo una, en la que tomarán parte los gremios de Madrid, los círculos y sociedades de carácter mercantil, agrícola ó artístico, las asociaciones obreras, las representaciones de la índole citada procedentes de provincias y las comisiones ó representaciones portuguesas, italianas ó americanas.

Estas comisiones, representaciones ó sociedades, concurrirán á dicho acto con sus insignias, banderas ó estandartes, y ocuparán en la comitiva el lugar que por la Comisión organizadora se les señale anticipadamente.

Formarán en la manifestación las carrozas alegóricas existentes y de propiedad de los gremios, así como las que particularmente puedan construirse, y otras cuatro que se construirán previo concurso, bajo la inspección y dirección de la Comisión organizadora, la que quedará encargada también de la adquisición de los trajes, armas ó efectos que puedan ser necesarios para dar mayor brillo y esplendor á la fiesta.

Segundo.—Sesión extraordinaria.—En honor á las comisiones ó representaciones que concurrirán á esta fiesta, se celebrará una sesión extraordinaria, en local á propósito y con arreglo al programa que acuerde la Comisión organizadora.

Tercero.—Medalla conmemorativa.—Como recuerdo de esta solemnidad se hará acuñar una medalla, de la que se entregarán ejemplares á todas las corporaciones y representaciones que concurren á la fiesta.

Cuarto.—Dado el caso de que los recursos disponibles lo permitan, la Comisión quedará autorizada para poder organizar otras fiestas de carácter público y de naturaleza benéfica.

Para el cumplimiento de ese acuerdo se nombró una comisión, compuesta de los Sres. Sopena, Catalina, Lafite, La Roca y López (D. Antonio).

**

Merece ser conocida la siguiente carta del General D. Porfirio Díaz, recibida en la Academia de Jurisprudencia:

«Méjico 6 de Julio de 1892.—He recibido el muy atento oficio, fechado el 1.º de Abril de este año, en que se sirvió V. E. comunicarme que, promovida por la Real Academia de Jurisprudencia, bajo la protección del Gobierno de S. M. C., la reunión de un Congreso Jurídico ibero-americano, que celebrará sus sesiones en esa capital durante la segunda mitad de Octubre próximo, la Comisión organizadora acordó concederme el título de Presidente honorario del Congreso.

Profundamente reconocido por tan señalada honra, acepto el nombramiento, no por mis merecimientos personales, sino por el deseo de corresponder al loable propósito de la Comisión organizadora de que en el Congreso tenga lugar distinguido la República que me ha favorecido con su primera magistratura.

Aunque mis deberes oficiales no me permitirán asistir á las sesiones, á ellas concurrirán los delegados por la República mejicana, y yo estaré unido siempre á la Real Academia de Jurisprudencia en el mismo espíritu que le conduce á los elevados fines de su instituto, con fe inquebrantable en las conquistas del derecho.

Sírvase V. E. aceptar las protestas de mi muy atenta consideración.—Porfirio Díaz.»

**

Por tratarse de una persona que ocupa un alto cargo oficial, merecen ser conocidos los siguientes párrafos de la carta en que el secretario de Estado y del despacho de Instrucción pública de Guatemala, señor D. Manuel Cabral, participa al Presidente de la Real Academia de Jurisprudencia, que acepta la invitación que le hizo para formar parte del Congreso Jurídico ibero-americano:

«Aplaudo con el entusiasmo que ella merece, como la aplauden todos los que son capaces de apreciar su transcendental importancia, la idea de conmemorar del modo indicado el cuarto Centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo. El arbitraje para dirimir cuestiones entre pueblos unidos por lazos de familia, así como las bases para establecer entre esos mismos pueblos de fructuosa manera leyes sobre propiedad literaria, artística é industrial, son temas que, con otros que ocuparán la atención del Congreso, no pueden menos de conducir á robustecer la solidaridad entre las naciones representadas en Asamblea tan esclarecida.

La fraternidad que ha servido de móvil al fecundo pensamiento de la Academia de Jurisprudencia, tendrá que extender más y más su imperio entre España, Portugal y los países ibero americanos; y ninguna ocasión tan propicia como la elegida para sembrar entre esas naciones gérmenes cuyo desarrollo no se hará esperar mucho tiempo.»

**

El Sr. Mullé de la Cerda, subdelegado eclesiástico, ha hallado en el ilustrado Obispo de Tarazona un entusiasta cooperador del gran certamen; no sólo remitirá lo mucho bueno que en aquella diócesis existe, sino que ha dado orden á los párrocos de su arcedianato de que concurren con el gran número de joyas artísticas que poseen.

La nota remitida por el Sr. Mullé de los objetos que han de venir de Calatayud es importantísima. Dos cálices góticos, uno del Renacimiento; dos centros góticos y jarro, dos bandejas repujadas, porta paz del Renacimiento, cruz parroquial gótica, dos preciosos ternos admirablemente conservados, regalo del antipapa D. Pedro de Luna; rica colección de tapices, regalo de los antiguos reyes de Aragón; gran centro de altar gótico y ocho tablas de la misma época. El martirologio de Viscando con una dedicatoria á Carlomagno y multitud de libros manuscritos en vitela y adornados con preciosas viñetas y miniaturas.

D. Félix Sanz de Lamea, abogado de Calatayud, presenta una preciosa Biblia manuscrita en cuarto menor y vitela, con caracteres microscópicos del siglo XII al XIII.

También vendrán muchos y preciosos objetos de Paracuellos de Giloca y de Maluenda.

El señor Obispo de Urgel envía á la Exposición un terno, compuesto de dalmáticas y casulla roja; un frontal, en cuyo centro lleva la imagen de María, y á los lados las de San Armengol y San Odón, patronos de aquella iglesias; otro frontal, un medallón de capa antigua, una mitra de laca y un precioso cáliz de plata dorada, estilo bizantino, con mosaicos.

El Museo de Antigüedades de Granada envía dos techos árabes de bellísima tracería, de aquellos con que se inspiraron los artistas mudéjares durante el período del descubrimiento y conquista de América.

El periódico sueco *Stocholms Dagblad*, dice:

«La exposición de Madrid.—Conforme á lo dispuesto por su majestad el Rey, se enviarán á Madrid, á fin de figurar en la Exposición que con motivo del Centenario se celebrará allí, los siguientes objetos, pertenecientes en parte á la sección etnográfica, y en parte á las colecciones de la Historia Natural, que actualmente se hallan en el Museo del Reino, á saber:

Una colección de Tschuktschu, con 161 objetos sueltos, procedentes de Port Clarence; tres biombos con escudos de armas, etc.; un kajak (embarcación de Groenlandia) con todas sus instalaciones correspondientes y 88 objetos sueltos; dos anillos de piedra de Puerto Rico; 68 objetos de la colección arqueológica titulada Bovallius, y 94 objetos procedentes de la colección etnográfica de Bovallius.»

**

El Correo Militar pide que se deje al ejército libertad para que proponga y tenga la dirección de la parte de fiestas que se crea correspondiente á la fuerza armada, sin pedir una independencia tal que piense, organice y costee lo que se haya de hacer por ésta, pues ni es conveniente la independencia llevada á ese extremo, ni es factible, por carecer el ejército de fondos que le permitan ocupar un lugar tan brillante en las fiestas como el que ocuparon los guerreros en la época que se conmemora.

Lo que deseamos, —dice,—es que ya que la prensa y otras colectividades van separándose del Ayuntamiento de Madrid, no resulten las fiestas militares convertidas en una parte del programa municipal; es decir, algo así como la participación que tomarán los asilados del Hospicio. La capital de Cataluña se apresta á celebrar el Centenario con la originalidad y esplendor de que en otras ocasiones ha dado prueba, como en la Exposición Universal pasada, por ejemplo.

Bien es verdad que allí el Municipio tiene iniciativas y arranques en provecho de la cultura y gloria de la población, que para sí los quisieran el Sr. Bochs y compañeros municipales.

Entre otros festejos que nada tienen de común con fuegos artificiales á todo pasto, cucañas, tíos vivos y demás vulgaridades dignas del Municipio madrileño, han acordado la celebración de un torneo en palenque cerrado, al estilo de la Edad Media, que se verificará en una de las principales plazas, convenientemente decorada con pinturas murales.

En el torneo tomarán parte, desempeñando los principales papeles, jóvenes de familias principales de Barcelona.

Dice *El Universal* de Sevilla:

«Muy en breve publicará el eruditísimo académico sevillano Sr. D. Manuel Gómez Imaz un autógrafo del inmortal genovés Cristóbal Colón, precedido de un prólogo debido á la pluma de aquel correcto bibliófilo.

Hemos visto las primeras pruebas del autógrafo, y sin temor á equivocarnos, podemos asegurarle un triunfo á tan curiosísimo documento.»

Con motivo de los fiestas del Centenario, el Consejo de Administración del Monte de Piedad se propone destinar algunas cantidades para el desempeño de ropas de invierno en beneficio de las clases necesitadas, y conceder también libretas de la Caja de Ahorros á determinado número de obreros que se distinguen por su aplicación y honradez.

MALATESTA.

Á FIDELIA

¡Oh, cuánto diera por volver á verte!
¡cuánto por contemplar tu faz hermosa,
y embebecido en tu cariño tierno
adorarte y morir! Contraria suerte
del lado tuyo me alejó, bien mío,
como flor amarilla del invierno
que el cierzo arrebató con soplo impío;
y á pesar de la ausencia,
á pesar de mis negros desengaños,
aunque mande olvidarte la experiencia,
me enseña el corazón en este instante
que, si el alma es constante,
la pasión no perece con los años.
¡Yo te amé! ¡yo te amé! Tal vez no ignoras
toda la intensidad de aquel afecto
que en turbulentas y apacibles horas
siempre te tributé. Dulce y perfecto
aquel cariño espiritual y santo,

en vez de declinar como debía,
se sostiene con gotas de mi llanto,
y le siento en el alma todavía.

¡Si fuera cierto, mi Fidelia hermosa,
que entre esa multitud de ingratos seres
tú sola en este mundo me quisieras!...
¡oh! cuánto bien me hicieras,
y cómo al contemplarte tan piadosa,
á mis húmedos ojos parecieras
la más buena y mejor de las mujeres!

Mas no hay algún marino,
que en ligero bajel tenga confianza
si la torva mirada del destino
señala en el peligro la esperanza.

Puedo tal vez en excepción notable,
á despecho del tiempo y sus rigores,
merecer suspiros armoniosos;
mas advierto que es tierra deleznable
aquella en que fabrican los amores
palacios caprichosos,
y en la verdad que el desengaño encierra
conozco que, mediando la distancia,
suele ser la constancia
un pájaro que pasa por la tierra.

¡Si pudieras saber con qué tormento,
al meditar en mi pasada historia,
me entristece tu dulce pensamiento
y te amo más y más! Vaga memoria
conservo de tu imagen todavía,
y al ver de tu cariño los despojos,
víctima de letal melancolía
se me cubren de lágrimas los ojos!

¡Cuántos objetos bellos!
¡cuántas prendas de amores!
¡enredados se miran los cabellos
entre las hojas de las secas flores!
y burlando el poder del tiempo insano,
de quien pudieron ser pobres juguetes
en malhadados días,
contemplo los billetes
que escribirme solias
con bendecida y temblorosa mano.

¡Aun te acuerdas de mí! La faz hermosa
levantas afligida al firmamento,
y en tu boca entreabierta y olorosa
se armoniza mi nombre en un lamento.

Entonces te decides,
rompiendo la cadena de la duda,
á darme en una flor de *no me olvides*
el corazón de la infelice viuda.

Y yo recobro mi ilusión perdida
y, con el alma de placer beoda,
contemplo en ti la esposa prometida
que á su ternura le pagó tributo
ornando el blanco velo de la boda
con negras cintas y crespón de luto.

¡Oh, cuántas ocasiones,
entretenido con tan grato sueño,
disipé mis amargas aflicciones,
y adivinando un porvenir risueño
descansé del ardor de mis pasiones!

¡Y cuántas, ay, mientras con mano esquivada
arranco de mi lira una querrela
y me place saber que al éter suba,
pensando á solas en tu imagen bella
busco en patria adoptiva
un sol que brille como el sol de Cuba!

Mas no lo encuentro: en la celeste esfera
no hay luz, ni fuego, ni esplendor fecundo,
ni hay grata melodía
en el lánguido hablar de una extranjera,
ni hay amor como el tuyo, hermosa mía,
en cuanto abarca la extensión del mundo.

JUAN CLEMENTE ZENEA.

CRISTÓBAL COLÓN

Los se oculta entre el detalle de las humanas cosas y se muestra en su conjunto. Ningún hombre sensato ha negado jamás que los grandes sucesos que constituyen la historia de la humanidad no estuviesen enlazados y coordinados secretamente por un hilo invisible suspendido en la mano todopoderosa del ordenador soberano de los mundos para realizar un plan ó llegar á un fin inmenso. ¿Cómo el que ha dado la luz al sol puede ser ciego? ¿Cómo el que dió el pensamiento á sus criaturas puede carecer de pensamiento? Los antiguos llamaban Destino, Fatalidad, á ese plan oculto, absoluto, irresistible que sigue Dios en las humanas cosas; los modernos lo llaman Providencia, nombre más paternal, más religioso y más inteligible.

Al estudiar la historia de la humanidad se reconoce en ella la acción ó el soberano influjo de la Providencia. Esta acción no coharta la libertad de nuestros actos, la cual constituye la moralidad así de los pueblos como de los individuos; parece que les deja obrar, moverse y extraviarse, pudiendo elegir holgadamente ya el bien, ya el mal, en cierta esfera de acción y con cierta intuición lógica sobre el premio ó castigo merecido conforme á su rectitud ó extravío; pero á ella, únicamente á la Providencia corresponden los resultados generales de los actos que ejecutan los pueblos ó los individuos. Parece que se los reserva independientemente de nosotros para ce-

lestiales fines que la humanidad ignora y que tan sólo nos permite entrever cuando se hallan por decirlo así alcanzados. El bien y el mal resulta de nosotros, y á nosotros nos pertenece; mas la Providencia tiene en cuenta nuestros vicios y virtudes, y con el bien de las unas y con el daño de los otros realiza en su infalible sabiduría el plan que acerca la humanidad ha concebido. El instrumento oculto, pero al mismo tiempo divino, de esa Providencia, cuando se digna valerse de los hombres para preparar ó realizar una parte de sus planes, es la inspiración. La inspiración es un misterio humano cuya fuente es difícil hallar en el hombre mismo. Parece venir de más alto y de más lejos. Hé ahí por qué se le ha dado un nombre misterioso y que no se define en lengua alguna: el genio. La Providencia hace nacer los hombres de genio. El genio es un don: no se obtiene por el trabajo; no se alcanza por la virtud: el genio es ó no es, y el que lo posee, ni tiene conciencia de él ni se da cuenta de su naturaleza. La inspiración es al genio lo que el imán á los metales. Ella lo atrae independientemente de toda voluntad hacia algo fatal y desconocido como el polo. El genio sigue esta inspiración que lo arrastra, y un mundo físico ó moral queda entonces descubierto.

Hé ahí á Cristóbal Colón y el descubrimiento de la América.

Colón aspiraba en el fondo de su inteligencia á completar el globo. Consideraba indispensable la unidad geográfica y esto le preocupaba. Esta necesidad era asimismo una inspiración de su época. Hay ideas que flotan en el aire cual miasmas intelectuales, y que millares de hombres parecen respirar á un mismo tiempo. Cada vez que la Providencia prepara el mundo á una transformación religiosa, moral ó política, se observa casi siempre este fenómeno; una aspiración y una tendencia más ó menos completa á la unidad del globo por medio de una conquista, un idioma, el proselitismo religioso, la navegación, los descubrimientos geográficos, ó bien por el acrecentamiento de relaciones entre los pueblos, por medio de su mutuo contacto y á quienes las vías de comunicación, sus propias necesidades y las ventajas del cambio estrechan y reúnen formando de ellos un solo pueblo. Esta tendencia en ciertas épocas á la unidad del globo, constituye uno de los hechos providenciales más visibles en los resultados de la historia.

Así cuando la gran civilización oriental de la India y del Egipto parece que ha muerto de vejez y que Dios quiere llamar el Asia y el Occidente á una civilización más joven, más enérgica y activa, sale Alejandro sin saber por qué de los valles de Macedonia atrayendo las miradas, y sus auxiliares de la Grecia y el mundo adquiere unidad bajo el terror y gloria de su nombre desde el Indo hasta los confines de Europa.

Cuando quiere preparar un auditorio inmenso al verbo transformador del cristianismo en Oriente y Occidente, esparce la lengua, la dominación, las armas de Roma y de César desde las playas del golfo Pérsico hasta las montañas de Escocia, uniendo bajo un solo espíritu y una sola esclavitud la Italia, las Galias, la Gran Bretaña, la Sicilia, la Grecia, el África y el Asia.

Cuando quiere, algunos siglos después, arrancar la Arabia, la Persia y sus dependencias á la barbarie y hacer que prevalezca el dogma irresistible de la unidad de Dios sobre las idolatrías ó el indiferentismo de esas partes lejanas y corrompidas del mundo, arma á Mahoma con el Alcorán y el hacha y permite al islamismo que conquiste en dos siglos todo el espacio comprendido entre el Oxo y el Tajo, entre el Tibet y el Líbano, entre el Atlas y el Tauro. La unidad inmensa del imperio corresponde con anticipación á una inmensa unidad de la idea.

Lo mismo se puede afirmar de Carlomagno cuando su monarquía universal, á uno y á otro lado de los Alpes y desde la Escitia y la Germania, prepara el vasto lecho donde la civilización cristiana va á recibir y á bautizar los bárbaros.

Lo mismo se puede decir de la revolución francesa, esa racionalista reforma del orbe Occidental, cuando Napoleón, tan audaz como Alejandro, pasea sus victoriosas armas sobre el continente esclavizado, organiza por un momento la grande unidad de la Francia, y creyendo fundar en ella su imperio, esparce en su suelo los gérmenes de la lengua, de las ideas y de las instituciones de la revolución moderna.

Lo mismo se puede decir de nuestros días: la ciencia, no bajo la forma de la conquista, sino bajo la forma de las comunicaciones intelectuales, pacíficas, mercantiles, entre todos los continentes y todos los pueblos del globo, es el gran conquistador universal para gloria y provecho de todos. La Providencia parece que ha encargado en nuestra época al genio de la industria y de los descubrimientos la preparación más completa de la unidad del mundo, que estrecha con más energía que otras épocas el espacio y los hombres en un conjunto más asimilado y compacto. La navegación, la imprenta, la aplicación del vapor, esta irresistible y económica fuerza de impulsión que lanza el hombre, sus ejércitos y sus mercancías, tan lejos y con tanta rapidez como el pensamiento; la construcción de las vías férreas, que allanan las montañas perforándolas y que nivelan toda

la tierra; la invención del telégrafo, que da á las comunicaciones entre ambos hemisferios la instantaneidad del rayo; la del arcostato, que busca aún el timón que ha de gobernarle y que hará muy pronto navegable un elemento más universal y más sencillo que el del Océano; todas esas revoluciones contemporáneas de la Providencia por la inspiración del genio industrial, son medios de unión, de concentración, de contracción del globo sobre sí mismo; son instrumentos de asimilación y homogeneidad entre los hombres. Estos medios son tan evidentes y activos, que es imposible no traslucir en ellos el plan de la Providencia, un paso hacia lo desconocido y no deducir que Dios medita para nosotros y para nuestros descendientes algún proyecto que está aún oculto á nuestros miopes ojos, proyecto para cuya realización adopta sus medidas impulsando el mundo hacia la más enérgica y fuerte de las unidades: la unidad del pensamiento que anuncia alguna grande unidad de acción en lo futuro.

El espíritu del siglo xvi estaba preparado á una de esas extrañas manifestaciones divinas ó humanas cuando nació el grande hombre cuya historia vamos á narrar. Se esperaba algo: el espíritu humano tiene sus presentimientos: éstos son las vagas profecías de las realidades que se acercan.

En la primavera del año 1471, sufriendo el ardiente sol que calcina las regiones andaluzas y en una colina que dista media legua poco más ó menos del pequeño puerto de Palos, dos extranjeros que andaban á pie, roto su calzado por el uso, raído su traje, en el cual se notaban los vestigios del que suele vestir con cierto lujo y holgura, cubiertos de polvo y bañada en sudor su frente, se detuvieron y sentaron bajo la sombra de un pórtico que daba entrada al pequeño convento de Santa María de la Rábida. Su aspecto y su cansancio imploraban la hospitalidad sin que ellos mismos necesitasen pedirla. Los conventos de franciscanos eran en aquel tiempo las casas de hospedaje para los viajeros á quienes la miseria no permitía recurrir á otros asilos. Estos dos extranjeros llamaron la atención de los frailes.

Uno de ellos era un hombre que apenas había llegado á la mitad de la vida: se distinguía por su elevada talla, la robustez de sus formas, la dignidad de su postura, la nobleza de su frente, lo franco de su semblante, lo pensativo de su mirada y lo gracioso y dulce de su sonrisa. Sus cabellos, que habían sido en la juventud de un color rubio algo subido, tenían ya en sus sienas esa blancura que impulsa la desgracia y el trabajo de la inteligencia. Era de frente ancha y elevada, y su rostro sano, en un principio había palidecido en el estudio y estaba bronceado por el mar y el sol. El acento de su voz era fuerte, varonil y penetraba como el del hombre que suele formar hondos y graves pensamientos. En sus gestos no había nada que fuese ligero é irreflexivo: todo en sus movimientos era acompasado y simétrico. Parecía que se respetaba modestamente á sí mismo y que no obraba sino con la reserva del hombre piadoso que al visitar el templo se halla en presencia del Creador Supremo.

El otro era un niño de diez años. Su rostro, más femenino,—bien que ya sellado con las fatigas de la vida,—se parecía tanto al del primero que se reconocía en él á su hijo ó su hermano.

Estos dos extranjeros eran Cristóbal Colón y Diego, su hijo. Excitada la curiosidad de los frailes por el continente noble del padre y la gracia del niño, que contrastaban con la indigencia revelada por su traje, les hicieron entrar en el convento, donde les ofrecieron la sombra, el pan y el descanso debidos al peregrino. Mientras Colón y su hijo apagaban la sed y el hambre con agua y unas aceitunas del refectorio, los monjes participaron al prior la llegada de los viajeros, manifestándole al propio tiempo el interés que su noble aspecto inspiraba, el cual no dejaba de contrastar con su miseria. El prior bajó al sitio donde se hallaban para conversar con ellos.

Llamábase Juan Pérez de Marchena, y era ó había sido confesor de Isabel, que reinaba en España con Fernando. Hombre de gran santidad, de recogimiento y de ciencia, había preferido las soledades del claustro á la intriga y honores de la corte; pero su mucha afición al retiro le había conquistado gran respeto en palacio y mucho influjo en el ánimo de la reina. La Providencia y el azar dirigían los pasos de Colón, y aquella le abría por fiel é invisible mano las puertas del consejo y el corazón de los reyes de España.

El prior abrazó al extranjero, dió sus caricias al niño y se informó con dulce benevolencia de cuanto les obligaba á viajar á pie y á cruzar sendas y veredas para encontrar abrigo en su convento humilde y solitario. Colón reveló al fraile, que le oyó con atención, los detalles de su oscura y modesta existencia y la inmensidad de sus pensamientos. Su vida y estos pensamientos constituían, según se vió luego, un punto de espera ó un presentimiento de lo que debía sucederle.

Cristóbal era el hijo primogénito de un cardador de lana establecido en Génova. Este oficio, que es actualmente de condición muy ínfima, se consideraba entonces como una profesión liberal y casi noble. En las repúblicas industriales y mercantiles de Italia, los artesanos, orgullosos

por el invento ó el cultivo de las industrias, formaban gremios ó corporaciones que ennoblecía su arte y que gozaban de importancia en el Estado. Colón había nacido en 1436. Tenía dos hermanos: Bartolomé y Diego, á quienes llamó más tarde para compartir con él sus trabajos, su gloria y sus desgracias; contaba igualmente con una hermana más joven que sus hermanos, la cual se unió en matrimonio con un obrero de Génova. Su oscuridad la preservó del brillo y del infortunio de sus hermanos.

ALFONSO DE LAMARTINE.

(Continuará.)

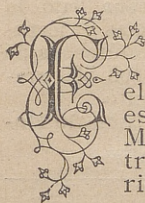
DOS AÑOS DESPUÉS

Este es el manso río y sosegado
Que á mi adorada Elvira retrataba;
Aquél el montecillo que se alzaba
De rojas clavellinas coronado.
La senda es ésta en que mi dueño amado
En mis amantes ojos se miraba;
Aquí las veras de mi amor pagaba
Con uno y otro beso regalado.
Estos son los de flores guarnecidos
Campos de soledad, cuyas umbrías
Pasaron nos vieron con cariño unidos
Aquí fueron mis dulces alegrías:
Vosotros aquí estáis, sitios queridos;
¿Dónde están ¡ay dolor! aquellos días?

JULIÁN ROMEA.

LA VIDA EN EL JAPÓN

(Conclusión.)



En el Japón hay un papel particular para cada uso. Véase en prueba de ello la lista exacta de las diferentes especies expuestas en Londres por M. Rutherford Alcock, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de S. M. B. en el Japón.

Papel de cartas para las personas de clase superior.

Papel para envolver los obsequios.

Papel sobre el cual los habitantes del Japón se libran entre sí certificados de buena vida y costumbres cuando desean mudarse, viajar, etc.

Papel, pañuelo de bolsillo para los hombres.

Papel, pañuelo de bolsillo para las mujeres.

Papel impermeable para vestidos exteriores.

Papel para el uso de los niños nobles que aprenden á escribir el alfabeto.

Papel para los niños plebeyos.

Papel transparente para los huecos abiertos sobre las puertas de las casas.

Papel destinado á envolver las plantas acuáticas que es indispensable acompañar con cada objeto que se regala.

Papel para el uso de los poetas.

Papel usado en el gran mundo para tapizar las puertas.

Papel sobre el que se escriben máximas morales con que se orlan las puertas de ciertas casas.

Papel en que los maestros de escritura escriben modelos para sus discípulos.

Papel para envolver los juguetes.

Papel de letra especial para las damas de alto linaje.

Papel especial para escribir las ordenanzas de medicina.

Papel empleado entre las damas de buen tono para ciertos usos de tocador.

Papel para la fabricación de linternas, especialmente destinadas á alumbrar á las personas de elevada jerarquía.

Papel exclusivamente empleado para fabricar las linternas que deben figurar en la fiesta del mismo nombre, que tiene lugar en el mes de Julio.

Papel imitado al cuero, y de que se hacen cajas de tabaco.

Las obras en laca del Japón son estimadísimas por todas partes, y hasta en China, donde se fabrican muy excelentes. Escogen para la fabricación los mejores pinos y los mejores cedros, que cubren de un barniz particular, sacado de la corteza de un árbol, que cuando está fresco presenta la apariencia de la crema, y que seco toma un negro luminoso y de gran transparencia. Esta consistencia es tal, que extendido sin ninguna mezcla sobre cajas ú otros objetos de ebanistería, deja ver perfectamente todas las venas y las líneas de la madera.

Los quitasoles chinos expuestos en los almacenes de curiosidades han podido ser examinados por todo el mundo. Su mango es de bambú y la armadura de lo mismo; pero cortado en toda su longitud en trozos tan finos, que el más grueso de sus quitasoles, á pesar de su apariencia, es más ligero que la más ligera de nuestras sombrillas. La tela que cubre entre nosotros los paraguas y las sombrillas se halla reemplazada en los quitasoles chinos por una especie de papel de hule muy á propósito para preservarse de los ra-

yos del sol, y que está pegado de tal manera á las varillas, que cuando el quitasol se cierra, se une tan estrechamente, que se creería ver el bambú como se encontraba antes de cortarlo. La forma de estos quitasoles, que no remata ninguna especie de punta elegante, puede no agradarnos y aun causarnos risa; mas si se examinan con cuidado después de abiertos, no se puede dejar de admirar la precisión del trabajo, sobre todo cuando se sabe que son extremadamente comunes en China y se venden por casi nada.

Pues bien; quitasoles semejantes, y aun de un trabajo más sólido y más fino, se fabrican en todo el imperio del Japón, siendo como es el quitasol y el abanico los muebles más indispensables á todo japonés, á pesar de que el clima es bastante frío en invierno.

Lo mismo en la fabricación de sus productos que en sus instituciones, parecen despreciar los japoneses todo lo provisional; sus más pequeños objetos, hasta las cajas de envolver, son de una notable finura y de una solidez á propósito para desafiar las ruedas de nuestras antiguas carretas.

Los japoneses, que deben á los portugueses la importación del tabaco, completamente desconocido antes en el Japón, tienen desde hace mucho tiempo vastas fábricas de cigarros. El tabaco está tallado por filamentos, y presenta el aspecto del pelo de cabra hilado muy fino. Su color es un negro amarillento, y el sabor menos pronunciado que el tabaco europeo, aunque no tan aromático como el de la Habana.

El *saki*, que es á los japoneses lo que la cerveza á los ingleses, ó lo que la sidra á normandos y bretones, ó lo que el vino á todos los que tienen disposición para beberlo; el *saki* es objeto de un comercio considerable en toda la parte del extremo Oriente. Tienen bodegas inmensas para esta especie de cerveza, y los despachos de ellas son también muy abundantes. Centenares de miles de obreros están constantemente ocupados en fabricar esteras, sombreros y zapatos de paja.

En sus fábricas de algodones y de sederías tejen los japoneses telas particulares, hechas de filamentos de plantas, de que ignoramos los nombres. Esta tela tiene el aspecto de un tejido de lino, pero es mucho más ligera y de la transparencia de la gasa. Habiendo traído un inglés una levita y un chaleco de esta tela, de Nagasaki, se podían contar á través del bolsillo de su chaleco las monedas que llevaba y ver la hora que era en su reloj.

La seda del Japón es superior en finura, fuerza y regularidad á la más hermosa procedente de Francia é Italia.

Como antes sucedía en nuestras poblaciones, cada industria tiene un barrio particular, lo cual dispensa á los japoneses de hacer grandes gastos para decorar sus almacenes, de una completa uniformidad de aspecto y mueblaje. Una gran caja para encerrar los objetos que pueden deteriorarse con el polvo, algunos estantes en que colocan la porcelana, ganchos de hierro de que suspenden los artículos voluminosos ó pesados, un mueble con cajones donde guardan la seda en madejas ó tejidos, hé aquí lo que constituye el menaje de una tienda japonesa. Hay que añadir que las muestras no están pintadas y escritas como en Europa, en madera ó sobre las paredes de las casas, sino sobre grandes cuadros de papel, adornados con toda clase de dibujos. Este papel es muy sólido y resiste á la lluvia.

Generalmente no hay separación entre la tienda y la habitación del comerciante japonés; el comprador puede, por tanto, hacerse cargo con una sola mirada de la manera de vivir de los hombres modestos de esta clase.

Generalmente duermen sobre una especie de manta plegada. Cuando el chalán entra en una tienda japonesa, deposita á la puerta sus sandalias de paja tejida; los extranjeros, que ignoran esta costumbre ó que no quieren conformarse con ella, entran con su calzado, pasando por personas mal educadas á los ojos del mercader, que se venga haciéndoles pagar la mercancía lo más caro posible.

Las letras del alfabeto japonés tienen para nosotros los europeos el aspecto de jeroglíficos, y la primera página de sus libros sería para nosotros la última. Además, las líneas de su escritura son horizontales. He tenido en mis manos una enciclopedia japonesa formando un volumen de 800 páginas y de cuentos fantásticos ilustrados, que eran la cosa más curiosa y extravagante que se puede imaginar. Las ilustraciones, en que no se guardan las reglas de perspectiva, están iluminadas con los colores más vivos.

El interior de las casas japonesas se compone ordinariamente de muchas habitaciones, separadas por ligeros tabiques, cubiertos de papel, adornado de figuras ó de flores. La naturaleza de las construcciones da lugar á frecuentes incendios, lo cual obliga á mantener noche y día servicios de socorro en muchos puntos de la población.

Se sabe ya que la serie completa de monedas del Japón comprende trece piezas de oro, dos de plata y tres de cobre. La forma de estas monedas varía con frecuencia, según su valor. La principal moneda de oro, llamada *ko-bou*, es de forma oval, siendo su longitud de cerca de dos pulgadas y media sobre media de latitud, y su peso de unos 174 granos. Viene en seguida el

itai-bou, que vale la cuarta parte del *ko bou*, siendo esencialmente diferente de ésta, de forma cuadrada, pesada y de unas tres cuartas de pulgada de largo por media de ancho. En las piezas de plata vemos que la más grande, cuya forma es la del dominó, pesa 134 granos y medio. En la moneda de cobre señalaremos una pieza de cobre rojo, pesada, y de dos pulgadas, por poco más de media, que para colmo de originalidad está agujereada por en medio. Al lado de estas monedas hay otras, que son un conjunto de oro y plata en proporciones casi iguales.

M. CONSTANT.

NUESTRAS ILUSTRACIONES

El sueño de Diana.—Véase la página 386, en la que, el eminente escritor francés Paul de Saint-Victor, trata cumplidamente este asunto, tan magistralmente interpretado por el artista D. César Alvarez Dumont en su cuadro, que reproducimos de una fotografía del Sr. Laurent.

Medalla conmemorativa del cuarto Centenario del descubrimiento de América.—La medalla que publicamos en este número es original del notable artista D. Bartolomé Maura, y ha sido premiada por la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

El asunto, como puede verse, se refiere á Cristóbal Colón y al descubrimiento de América, admirablemente concebido y ejecutado por tan eximio maestro como es el Sr. Maura.

Bajo relieve.—Es de una ejecución pasmosa el que insertamos en estas páginas, original del afamado escultor D. José Benlliure, y que representa una escena romana de los tiempos clásicos, en los cuales la destreza y agilidad en dirigir los carros, así en las fiestas populares como en las grandes solemnidades públicas, era uno de los más bellos adornos de la educación de la nobleza griega y romana.

Monumento á Colón en Huelva.—En el centro de una gran plaza, elevada 30 metros sobre el nivel del mar, enfrente del célebre convento de la Rábida, levántase este colosal monumento, llamado á perpetuar el recuerdo imperecedero del gran acontecimiento realizado por Colón y los españoles y el nombre de su ya ilustre autor, uno de los arquitectos contemporáneos que gozan de más merecida fama, D. Ricardo Velázquez.

La gran plaza en cuyo centro se levanta el monumento, mide 90 metros de radio y está rodeada de jardines poblados con plantas de flores americanas; la composición artística del señor Velázquez consta de tres partes: la primera es un basamento de seis metros de altura, que termina en una espaciosa plataforma, á la que se sube por tres grandes escalinatas de 20 metros de ancho, y desde ella se dominan todos los terrenos colindantes, pudiendo abarcarse el círculo completo del horizonte, la entrada de la barra de Saltes, Punta Umbria, Huelva, Palos, Moguer, San Juan de Pie de Puerto y sobre todo el Océano. Sobre esta plataforma se eleva el segundo cuerpo, que á la altura del tercio superior lleva las proas de las tres carabelas.

Sobre el basamento, cuya altura es de 22 metros, se levanta la columna de 25 y sobre ella la corona de la Monarquía española de la época de los Reyes Católicos, surmontada por un globo de 4,50 metros de diámetro, terminando con una cruz.

El monumento es de mármol blanco, de las canteras de Fuenteheridas, en la provincia de Huelva.

Al monumento puede subirse por una escalera de caracol hasta la altura en que están situadas las proas de las carabelas, ó sea hasta 21 metros sobre el nivel de la plaza.

ADVERTENCIAS

Á NUESTROS ABONADOS.—Á causa de los rigores de la estación nos vemos precisados á suspender por unos números la estampación de las fototipias.

En breve reanudaremos la publicación de éstas, en la misma forma que antes.

Ponemos en conocimiento de los señores corresponsales que habiendo terminado la reimpresión de los números agotados de esta REVISTA, pueden hacer los pedidos de colecciones que gusten y serán servidos á vuelta de correo.

Los originales que se reciban para la ESPAÑA Y AMÉRICA no se devolverán.

De los libros que se nos remitan nos ocuparemos en la sección correspondiente.

(Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.)

IMPRENTA DE LA VIUDA DE M. MINUESA DE LOS RÍOS
Miguel Servet, 13.—Teléfono 651.

Acreditados específicos del Doctor Morales

PASTILLAS Y PILDORAS AZOADAS

Para la Tos y toda enfermedad del pecho: Tisis, Catarros, Bronquitis, Asma, etc. — A media y una peseta la caja.

CAFE NERVINO MEDICINAL

Maravilloso para los dolores de cabeza, jaqueca, vahidos, epilepsia y demás nerviosos, á 3 y 5 pesetas caja.

PÍLDORAS LOURDES

Es el mejor purgante antibilioso y depurativo, de acción fácil, seguro y sin irritar, aunque se usen mucho tiempo. — A una peseta caja.

TONICO-GENITALES

Célebres píldoras del Dr. Morales para la cura segura y exenta de todo peligro de la impotencia, debilidad, espermatorea y esterilidad. — Caja, 7,50 pesetas.

Van por correo estos específicos.—**Doctor MORALES, Carretas, 39, Madrid.**
De venta en las principales farmacias y droguerías de España, Ultramar y América del Sur.

OBRA DE SENSACION

ESTUDIOS DE ECONOMIA SOCIAL

DE D. RAFAEL MARIA DE LABRA

Este importante libro, en el que se tratan cuestiones pedagógicas de actualidad y el problema obrero que tanto preocupa á la sociedad moderna, está escrito en forma expositiva y amena, con objeto de popularizar su historia y desarrollo entre las clases populares.

La obra se divide en tres partes: la primera se refiere á los fundamentos de la escuela contemporánea; la segunda estudia la cuestión social, y la tercera se relaciona con el obrero de nuestros tiempos.

Se halla de venta en las principales librerías de Madrid y provincias, y en la casa editorial de la Viuda de Rodríguez, Plaza del Biombo, núm. 2, Madrid.

Precio de cada ejemplar: 3 pesetas.

BUEN NEGOCIO

El dueño de un molino harinero de cuatro piedras, sito en las riberas del río Guadiana, término de Guareña, provincia de Badajoz, solicita para la reparación de dicho molino, destrozado por completo por las crecidas del río en el mes de Marzo último, la cooperación de un socio capitalista que se comprometa á reedificarle. El dueño cede la mitad de la propiedad del mismo. La renta del expresado molino solía ser de 30 á 32.000 reales, según los años (mal administrado); por consiguiente, con una buena administración puede hacersele producir 40.000 reales. El costo de las obras podrá ser de 70 á 80.000 reales. La persona que quiera más detalles puede dirigirse á D. Ricardo Collar y Ossorio, Guareña, provincia de Badajoz, y se le darán cuantos datos sean necesarios sobre el asunto.

Se venden cuatro muelas francesas y una grúa en buen uso.

PRÓXIMA Á PUBLICARSE

ANATOMÍA DESCRIPTIVA Y DISECCION DEL DOCTOR FORT

En breve se pondrá á la venta la tercera edición, corregida y aumentada por su autor, de esta notable obra, que tanta reputación ha alcanzado en todas las Universidades y centros docentes de Europa.

Además del tratado de *Anatomía descriptiva y disección*, contiene un resumen de *Embriología y de generación* y otro acerca de la *Estructura microscópica de los tejidos y de los órganos*.

La traducción que ofrecemos á los hombres estudiosos de España y de América está hecha bajo la inspección directa del autor por el Dr. Armas y Céspedes; formará dos gruesos y elegantes volúmenes de más de 800 páginas cada uno, ilustrados con 507 grabados, por lo menos, intercalados en el texto.

Los pedidos á la casa editorial de la Viuda de Rodríguez, Plaza del Biombo, 2, Madrid.

La Casa editorial de la Viuda de Rodríguez ha empezado á publicar la preciosa novela titulada

En
publicación.

PÁGINAS DE SANGRE, HISTORIA DEL SALADERO

POR F. MORALES SÁNCHEZ

ilustrada con magníficas láminas tomadas del natural y precedida de un notable episodio crítico-criminal por Víctor Hugo, titulado *El último día de un reo de muerte*, traducido por uno de nuestros más aventajados juriconsultos. Se publica por cuadernos de 32 páginas, al precio de 25 céntimos cada uno. Se admiten suscripciones en las principales librerías y centros de suscripción.

FABRICACIÓN DE ALMANAQUES DE TODAS FORMAS

De *El Firmamento*, calendario zaragozano por D. Mariano Castillo y Ocsiero, hacemos cuantas ediciones reclama en el día la necesidad pública, por lo que tanto el comercio como el particular encontrarán en esta casa atendidos sus deseos.

Las ediciones á que nos referimos son las siguientes:

En forma de libro, las conocidas de primera, segunda y tercera, de las que vendemos un millón y doscientos setenta mil ejemplares.

De los que se titulan *Americanos ó de pared*, es tan grande

la variedad de ediciones y tantos los preciosos cromos en que se fijan, que resulta tarea poco menos que imposible enumerarlo todo. Se hace absolutamente necesario el muestrario á la vista para hacerse cargo de tanta preciosidad.

De lo que resulta que, tanto el comercio como el público, pueden hallarse perfectamente servidos tomando de esta casa sus almanaques, por ser en originales del celebrado D. Mariano Castillo y Ocsiero y estar en los cromos á la altura de los más elegantes que se publican en Europa.—Administración: Plaza del Biombo, 2.

ESPAÑA Y AMÉRICA

LA MÁS ARTISTICA Y MÁS BARATA DE LAS REVISTAS ILUSTRADAS DE ESPAÑA

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN

El periódico, acompañado con uno de los tres lotes que á continuación insertamos,

2 REALES POR CADA REPARTO

Lote 1.º—Año Cristiano, por el Padre Juan Croisset.—Jesucristo, por Mr. Louis Veuillot.—Diccionario de la lengua castellana, por D. E. Marty Caballero.—Aventuras de Gil Blas de Santillana, por Mr. Lesage.

Lote 2.º—Historia del movimiento republicano en Europa, por D. Emilio Castelar.—Tratado completo de Agricultura moderna, por D. Gumersindo Vicuña y otros distinguidos colaboradores.—Tratado completo de Contabilidad, por D. Francisco Tejedor y González.—En alas de la fortuna, por D. Julián Castellanos y Velasco.

Lote 3.º—Luchar contra el destino, por D. Julián Castellanos y Velasco.—La misa negra ó el tesoro del fantasma, por D. Julián Castellanos y Velasco.—Candelas y los bandidos de Madrid, por D. Antonio García del Canto.—Los mares de arena y las ciudades subterráneas, por D. Ramón Ortega y Frias.

El reparto de las obras se hará por cuadernos unidos al periódico y turnarán siempre las cuatro obras de cualquiera de los tres lotes.

El lector que desee más detalles puede pedirlos á los agentes ó corresponsales, ó bien á la Administración de esta casa.

Centros de suscripción: En las principales librerías de Madrid; en el despacho central de fotografías de J. Laurent y Compañía, Carrera de San Jerónimo, 31, y en la peluquería de Antiguos oficiales de Prats, Puerta del Sol, 13.

Número suelto, 50 céntimos de peseta en España y 75 en el extranjero.

Cuba y Puerto Rico: Un año, 6 pesos oro. — Administración, Plaza del Biombo, 2, Madrid.